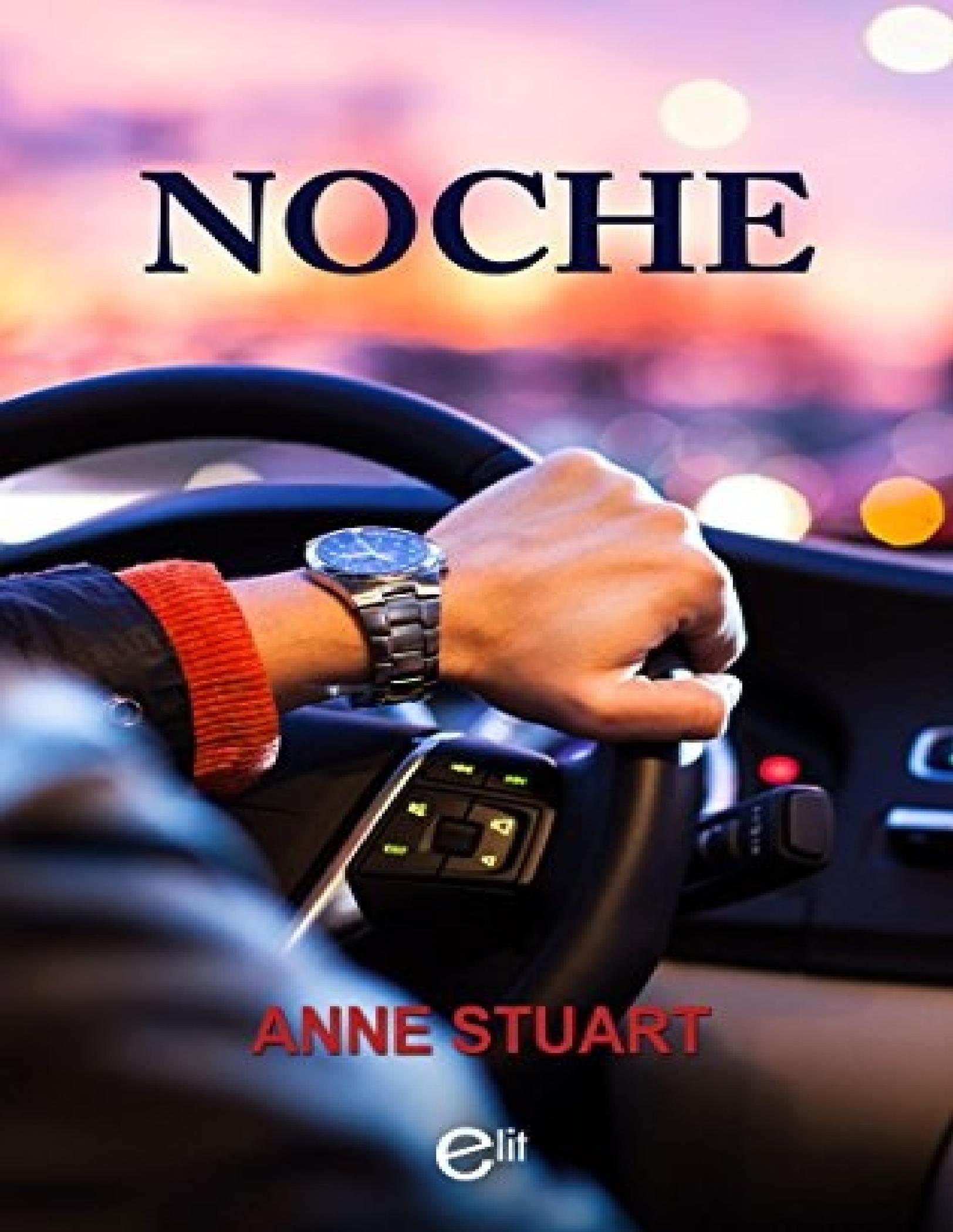


NOCHE



ANNE STUART

e lit

Noche

Anne Stuart

3° Serie Blackheart

Noche (2002)

Historia corta incluida en el dueto "Noche y día".

Título Original: Night (2001)

Serie: 3º Blackheart

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Oro 30

Género: Contemporánea - Suspense romántico

Protagonistas: Michael Blackheart e Isabel Linden

NOTA: Reeditado por Harlequin Ibérica en la colección Intriga Edición Especial N° 60 (2008)

Argumento:

Michael Blackheart era hijo ilegítimo de un legendario ladrón de guante blanco, y estaba decidido a robar la colección privada más importante del mundo delante de las mismísimas narices de su rico y poderoso dueño... Así podría darle una lección a su padre.

Capítulo Uno

6:00 p.m.

Cuando Michael Blackheart abrió los ojos, el dormitorio estaba en penumbra. No se movió mientras intentaba orientarse. Había llegado de Londres siete horas atrás y nada más registrarse en la *suite* del hotel Carlyle, se había metido en la cama para adentrarse en un sueño tranquilo y reparador.

Se había despertado a la hora requerida sin necesidad de despertador. Eran las seis de la tarde, hora de San Francisco, y tenía que robar una fortuna. Aquella iba a ser una noche muy ajetreada.

Se duchó y vistió y se sentó después a disfrutar tranquilamente de la cena, servida por el excelente servicio de habitaciones del Carlyle. Probablemente no tendría oportunidad de comer nada durante las próximas dieciocho horas y jamás subestimaba la necesidad de combustible de su cuerpo. Al día siguiente, a aquella misma hora, estaría regresando a Europa. Pero hasta entonces, tenía trabajo que hacer.

Su habitación tenía terraza, y salió para sentir la brisa otoñal. Siempre le había gustado San Francisco, el ambiente, el clima, las colinas y el olor de la bahía. Sentía una extraña afinidad con aquel lugar.

Bajó la mirada hacia sus bulliciosas calles. En menos de una hora, la entrada del Carlyle estaría rodeada de limusinas de las que saldrían pasajeros elegantemente ataviados. De momento solo estaban los detectives del hotel y algunas furgonetas de diferentes cadenas de televisión. Un inconveniente menor. Pero no era la primera vez que trabajaba ante las cámaras. Además, su presencia añadía cierta gracia a su desafío.

Se apartó de la barandilla y miró hacia el cielo. Sonrió débilmente al ver la niebla. Le gustaban la oscuridad y la lluvia, la noche y las sombras. Era una criatura de la noche, siempre lo había sido y siempre lo sería.

Pero hasta que la noche llegara, tenía que concentrarse en los motivos que lo habían llevado hasta allí. El Tesoro Noreheld iba a ser subastado al día siguiente, y la recepción y el baile previos a tal acontecimiento se celebraban esa misma noche en el salón de baile del hotel, Pero para cuando la fiesta hubiera terminado, no quedaría nada que subastar.

Aquel sería su último trabajo y pretendía salir de allí como una bala. Sería un robo maestro y atrevido, que dejaría a la policía, a la venerable casa de

subastas Southworth y al servicio de seguridad tan frustrados como desconcertados. El servicio de seguridad de Blackheart, su estimado padre.

Si no hubiera sido por su tío Félix, ni siquiera habría sabido quién era su padre. Y aquel robo no habría tenido ningún atractivo para un hombre con su trayectoria. Michael pensaba que no tenía nada que demostrar, ni a sí mismo ni a los demás. Había sido un estafador, un artista de la doble vida durante la mayor parte de sus veintinueve años, pero quería dejar todo aquello tras él y buscar una ocupación más pacífica.

Hasta que había descubierto que tenía un padre.

En un arrebato de sentimentalismo, había decidido ir a ver a su tío abuelo. Félix era pariente de su abuela materna y uno de los escasos miembros que quedaban de una de las principales familias gitanas del norte de Europa. Tenía cerca de noventa años y había conseguido eludir a la policía durante toda su vida. Michael no había tenido tanta suerte. Su último robo había sido una chapuza. No a causa de su competencia, sino por la debilidad de su socia. En cuanto habían comenzado las presiones, Marybeth no había dudado en delatarlo.

Michael se había tomado flemáticamente aquel asunto. Había aprendido el arte de la estafa de su abuelo y lo había perfeccionado durante años con la ayuda de sus tíos y tías, y el corto período de tiempo que había tenido que pasar en prisión, había expirado hacía tiempo.

Se había marchado de Francia decidido a convertirse en un hombre nuevo, a reorientar sus energías hacia nuevas tareas. Hasta que se había reunido con su tío Félix en un café de Budapest y había oído las palabras que cambiarían el curso de su vida una vez más.

—¿Retirarte? —había repetido Félix, con aquel acento casi ininteligible—. ¿Por qué va a retirarse un hombre joven como tú? Estás preparado para ejercer una de las mejores profesiones del mundo, ¿por qué vas a desperdiciar todo ese talento?

—No es un profesión, tío. Es una carrera delictiva.

—¿Tienes miedo de que vuelvan a agarrarte? Jamás lo habría creído de ti, chico. Siempre has tenido unos nervios de acero. La cárcel forma parte de nuestro juego. No puedes tomarte tan en serio el haber pasado una temporada entre rejas.

—Para ti es fácil decirlo. A ti nunca te atraparon.

—No, la policía no. La policía no era nada, pero conseguí sobrevivir a los

nazis, una hazaña un poco más complicada, puesto que su intención era la de eliminarme.

—No sabía que eras judío —había bromeado Michael.

—Gitano, muchacho. Los nazis tenían tres objetivos: judíos, gitanos y homosexuales. Es increíble que después de aquello todavía quede alguna creatividad en Europa.

Con mano temblorosa, el anciano se había encendido uno de sus fuertes cigarrillos y había mirado fijamente a Michael.

—¿Y a qué quieres dedicarte entonces? ¿Quieres hacerte contable? ¿Convertirte en un burócrata?

Michael se había encogido de hombros.

—No tengo ninguna prisa. Tengo suficiente dinero como para sobrevivir durante una temporada. Solo quería comunicarte mi decisión, puesto que tú eres el cabeza de familia.

—De una familia condenadamente pequeña —había musitado Félix—. Odio ver cómo los convencionalismos van acabando con nuestras tradiciones. Si al menos viviera tu madre...

—Pero ya no vive, tío. Murió junto a mi padre en un accidente de coche cuando yo tenía tres años. Si no hubiera sido por ti y por el abuelo, me habrían metido en un internado. Y ya he descubierto que no me gustan los internados —había añadido con una sonrisa.

Félix había sacudido la cabeza.

—Entonces, creo que debería decírtelo —había respondido crípticamente.

—¿Decirme qué?

—Tenía pensado un último trabajo para ti. Pensaba mandar a alguien a buscarte cuando recibí tu llamada. Es el trabajo perfecto, un trabajo que puede hacerte rico.

—Tengo dinero más que suficiente para una buena temporada.

—El dinero nunca es suficiente —había respondido Félix—. Si es más de lo que necesitas, siempre podrás dárselo a alguien a quien le haga falta. Y las personas a las que se lo vas a quitar, no se merecen tenerlo.

—Eso es lo que siempre me decía el abuelo. Y quizá tengáis razón, pero he decidido que no quiero seguir emitiendo esos juicios.

Félix lo había mirado fijamente, con expresión frustrada.

—Entonces no te diré nada de ese trabajo. Es mejor que no te tiente.

—Mucho mejor —había respondido Michael.

Su tío estaba tendiéndole una trampa. Michael conocía perfectamente las señales. Félix siempre había sido un maestro en conseguir lo que quería.

—Además, ¿por qué iba a importarte lo que los alemanes le hicieron a tu familia? Si no hubiera sido por esos carniceros, no quedaríamos únicamente tú y yo en la familia.

—Tío... —estaba haciendo un buen trabajo, pero Michael no tenía intención de dejarse convencer.

—No te preocupes —había contestado Félix apesadumbrado—. Como tú mismo has dicho, aquello ocurrió hace mucho tiempo. Ya han pasado treinta años desde que naciste y tu padre desapareció. Ya es tiempo de perdonar y olvidar.

La trampa ya estaba dispuesta y lo único que a Félix le quedaba por hacer era esperar a que Michael cayera en ella. Si hubiera sido sensato, Michael se habría levantado en aquel momento, habría dejado algunas monedas en la mesa para pagar los cafés y se habría despedido de su tío con un beso en la mejilla.

Pero la curiosidad siempre había sido su peor pecado.

—¿Mi padre? —había repetido—. Mi padre no desapareció, mi padre era un piloto de carreras y murió en un accidente de coche —no había terminado de decir aquellas palabras cuando tuvo la sensación de que el cepo comenzaba a rodearle el cuello.

—Eso es lo que a ti te han contado. Paulus siempre insistía en que no te dijéramos la verdad. Temía que tu padre apareciera e intentara llevarte con él. Tu padre no era ningún piloto de carreras, hijo, y no está muerto. Era un ladrón, como tú y como yo, y vive en San Francisco.

Michael ni siquiera parpadeaba.

—Así que está vivo —había respondido al cabo de un momento—. ¿Y por qué debería importarme?

—Porque os abandonó a ti y a tu madre y después de él, tu madre no fue capaz de querer a otro hombre. ¿No crees que un hombre debería responsabilizarse de sus hijos?

—La verdad es que ahora mismo me importa muy poco que no lo hiciera.

—Él también le dio la espalda a su profesión. Quizá te parezcas a él más de lo que crees.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tu padre ya no es un ladrón. Es asesor de seguridad, se dedica a atrapar ladrones. A ladrones como tú, Michael. Su empresa ha sido contratada para encargarse de la seguridad de una subasta que se va a celebrar en San Francisco. Se subasta el Tesoro Noreheld. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—¿Y quién no? Es la colección que reunió el tío de ese millonario informático noruego. Joyas, cuadros y libros que valen una fortuna. Bueno, pues como ya te he dicho, no me importa.

—¿Y si te dijera que ese tesoro es una estafa y que todas esas obras de arte pertenecen en realidad al padre de William Helms y no a su tío? Y, sin embargo, la procedencia de todas esas obras ha sido cuidadosamente falsificada. Cuando se tiene el dinero de Helms, es posible hacer cualquier cosa.

—¿Y para qué iba a hacer algo así?

—De esa manera, puede vender el tesoro y ganar una fortuna sin que los propietarios originales de todas esas obras de arte monten ningún escándalo.

—¿Entonces son obras robadas? Somos ladrones, tío. A nosotros no debería importarnos que alguien robe obras de arte y vuelva a venderlas.

—Pero en este caso nos importa porque el padre de Helms no es otro que Wilhem von Helmich. Has oído hablar de él, ¿verdad?

—¿El Carnicero de Berlín? Sí, claro que sí.

—Fue uno de los generales de las S.S. que consiguió escapar con un montón de obras de arte robadas.

—¿Y lo sabes a ciencia cierta?

Félix se había encogido de hombros.

—Quién puede estar seguro de nada.

—Es muy triste, tío, pero como tú mismo has dicho, los propietarios originales están todos muertos. Es demasiado tarde para intentar reparar el mal.

—Lo cual significa que puedes robar todo ese tesoro con la conciencia tranquila, que es lo que parece ser más importante para ti en esta etapa de tu vida.

Michael había sacudido la cabeza.

—A mí no me importa que el hijo de un criminal de guerra pueda ganar algún dinero. Al fin y al cabo, él no fue el único que cometió crímenes.

—¿Y si te dijera que se rumorea que el dinero que se obtenga en esa subasta servirá para financiar actividades de grupos neonazis?

Ya estaba. El cepo se había cerrado por completo. Michael había hecho un último intento de resistirse.

—Nunca he querido involucrarme en asuntos relacionados con la política.

Pero Félix lo conocía demasiado bien.

—Para un hombre con tu talento será un juego de niños. Tienes que llevarte el tesoro antes de que sea subastado y de esa forma privarás a los nazis de sus ganancias, evitarás que ese dinero llegue a manos de terroristas y le meterás un buen gol al hombre que os abandonó a ti y a tu madre. Además, terminarás convertido en un hombre rico. ¿Cómo puedes negarte a una cosa así?

El tío Félix había apagado su cigarrillo.

—No será fácil, por su puesto —había continuado explicándole—. ¿Pero cuándo son fáciles las cosas que realmente merecen la pena? Puedes hacerlo, tu abuelo y yo te hemos preparado para ello, transmitiéndote los conocimientos de generaciones y generaciones de ladrones. Yo ya he hecho las investigaciones preliminares. Tengo los planos de los sistemas de alarma y algunos juguetitos tecnológicos para interferirlas. También conozco la distribución de la habitación en la que se va a celebrar la recepción. Creo que ese sería el mejor momento para llevarte el tesoro.

—¿A la vista de todo el público?

—A ti siempre te han gustado los desafíos —había contestado Félix con una sonrisa—. La recepción se celebrara el veintinueve de octubre. En cuanto acabe, el tesoro será trasladado a la casa de subastas y a partir de ahí será el equipo de seguridad de la propia casa el que se ocupe de protegerlo. Y no estando Blackheart a cargo de todo, la tentación ya no sería tan fuerte, ¿verdad?

—Pareces convencido de que voy a hacerlo.

—Yo mismo te he criado, Michael. Te conozco bien. Sé que lo harás. Y esta vez yo no me llevaré nada. Mi recompensa será saber que se ha efectuado el robo.

—Muy noble por tu parte. ¿Y si me atrapan?

—No hay prisión que pueda retenerte, ambos lo sabemos. Siempre me he preguntado por qué decidiste cumplir la sentencia en Francia cuando ambos sabíamos que no tenías necesidad de hacerlo.

—Decidí que era el momento —había respondido Michael—. Antes o después, uno tiene que pagar por lo que hace.

—Bueno, pues esta vez has pagado por adelantado. Lo que vas a hacer es algo muy noble, Michael.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

—Pero lo harás.

Michael había esbozado entonces una lenta y pesarosa sonrisa.

—Pero lo haré, sí —había terminado aceptando.

Un mes después, todavía se estaba arrepintiendo de su decisión. La posibilidad de dar un último golpe le había parecido una idea excelente al principio, con el placer añadido de poder ajustar algunas cuentas en el proceso. Podía sentir la adrenalina corriendo por sus venas y sabía que el arrepentimiento era lo último que necesitaba aquella noche. Estaba a punto de entrar en escena y estaba dispuesto a ganar.

No se molestó en revisar su aspecto en el espejo mientras abandonaba la habitación. Tenía un cuerpo alto y esbelto al que le sentaban estupendamente los trajes de Armani.

La primera tarea era adentrarse en la zona de recepción. Se accedía a ella con invitación y todos los invitados habían tenido que mostrarla mucho antes de que les fuera permitido acceder al salón. Al parecer, Southworth no quería malgastar ni su tiempo ni sus carísimos canapés en gente que no pudiera permitirse el lujo de licitar en la subasta.

Michael no sabía si su padre iba a estar o no por allí, lo que añadía una atractiva emoción a la tensión.

Caminó a grandes zancadas hacia el elegante vestíbulo del hotel. Otro punto a su favor; habían elegido uno de los hoteles más antiguos y venerables de San Francisco, en vez de uno de esos edificios altos con complejos sistemas de seguridad. El Carlyle había sido adaptado y remodelado, pero su antigüedad y su singularidad lo convertían en un candidato mucho más propicio a los robos que aquellos edificios angulares con minúsculas ventanas.

También ayudaba que Southworth hubiera decidido ofrecer la recepción

fuera de la casa de subastas. Contarían con una fuerte presencia de medios de comunicación y con mucha más gente de la que podrían haber albergado en su establecimiento.

Sí, tío Félix tenía razón. Aquel era un trabajo a su medida. Había pasado ya el momento de los arrepentimientos y había llegado la hora de actuar.

Pero antes tenía que pasar por delante de los guardas de seguridad que vigilaban las puertas de entrada al salón.

Isabel Linden hervía de indignación a pesar de su aparente calma. Aquel mes había sido una continua sucesión de desastres y al final había llegado al límite de su paciencia. Diez meses como asistente personal de William Helms la habían dejado destrozada. Pero debería haberse imaginado desde el principio que tanto el salario como el trabajo eran demasiado buenos para ser verdad.

A Isabel le gustaba su trabajo. Siempre le había gustado. Tenía el don de ser capaz de convertir en orden el caos y durante cinco años había llevado su propia firma consultora, ayudando a agobiados ejecutivos a estructurar sus vidas. No debería haber escuchado los cantos de sirena de Bill Helms, uno de los hombres más ricos del mundo. Este le había pedido que se ocupara personalmente de organizar sus negocios y su vida social, y el dinero y el prestigio que ese puesto le ofrecía eran demasiado buenos como para rechazarlos.

Pero debería haberlo hecho. Por una parte, Helms apenas le permitía acercarse a ningún asunto realmente interesante en su oficina; siempre había un aire de secreto alrededor de lo que hacía. Y, por otra, había descubierto que realmente no le gustaban en absoluto los billonarios que pensaban que su vasta cantidad de dinero los convertía en seres inteligentes, atractivos e incapaces de cometer error alguno. Particularmente uno rubio, de poco más de un metro sesenta de altura y complexión rolliza que prácticamente babeaba en cuanto ella se le acercaba. Siempre encontraba alguna excusa para inclinarse sobre ella o para rozarla, pero por alguna razón nunca le había pedido realmente una cita. Probablemente porque sabía que le diría que no.

Y que eso le daría una excusa para despedirse, algo que había estado deseando hacer desde el primer mes de trabajo.

Pero, maldita fuera, era difícil renunciar a tanto dinero.

Aunque pensaba hacerlo. No había nada que deseara más que despedirse esa misma noche, pero Isabel era una persona organizada y tranquila y sabía perfectamente que tenía que esperar a la luz del día para poner su renuncia por

escrito. Con una persona tan poderosa como Bill Helms, había que hacer las cosas con un cuidado extremado.

Tenía un dolor de cabeza terrible, causado por la escandalosa multitud de personas elegantemente vestidas que la rodeaban, por el tintineo de las copas y la incomodidad de tener que embutirse en ese vestido plateado en el diminuto cubículo de un baño de aquel viejo hotel sin arruinar el moño en el que le habían recogido el pelo. No soportaba tampoco los tacones y habría dado cualquier cosa por poder quitarse los zapatos, soltarse la rubia melena y salir corriendo de aquel ruidoso y abarrotado salón.

No haría nada parecido, por supuesto. Su trabajo consistía en hacer las veces de anfitriona y en asegurarse de que la velada transcurriera sin problemas. Pero al día siguiente se despediría.

Así que aquella noche sonrió y conversó intentando sacar lo mejor de sus encantos, hasta que se volvió y se encontró frente a un rostro desconocido que la hizo quedarse momentáneamente sin habla.

Capítulo Dos

8:00 p.m.

Isabel conocía a todas y cada una de las cuatrocientas personas que había en el salón; conocía su nombre y reputación. Ella había elaborado personalmente la lista de invitados y la había cotejado dos veces con la de la casa de subastas. Y, definitivamente, aquel hombre no aparecía en ella.

Isabel sostenía la copa de champán con una mano mientras escuchaba parlotear sobre su última adquisición a un rico industrial, pero su mirada no abandonaba en ningún momento al recién llegado.

Era un hombre maravilloso, eso era incuestionable. De entrada, más alto que ella, pensó, e inmediatamente deseó abofetearse. ¿Por qué demonios debería importarle que un tipo que se había colado en su fiesta fuera alto?

—Es fascinante —le respondió al industrial, sin dejar de mirar al desconocido.

Este se movía tranquilamente por el salón, sin ningún destino aparente, y, de pronto, se perdió entre la multitud. Probablemente había ido con alguna de las invitadas, se dijo Isabel. Con una esposa o una amante dispuesta a gastarse una fortuna en alguna de las obras heredadas por Helms, Blackheart Incorporated era una empresa de seguridad impecable, era imposible que hubieran dejado entrar a alguien en el salón sin que hubiera sido invitado, habiendo allí millones de dólares en obras de arte.

Y no porque las obras en cuestión no estuvieran suficientemente protegidas. Si a alguien se le ocurría tocarlas siquiera, inmediatamente se pondrían en funcionamiento los sistemas de alarma. Ella misma había podido comprobarlo cuando había intentado abrir una preciosa caja de música, impulsada por la curiosidad de escuchar su melodía.

Así que en realidad, podría olvidarse de aquel fascinante desconocido y concentrarse en el encantador industrial y su avinagrada esposa, beberse el champán e intentar disfrutar de la fiesta. Su trabajo ya estaba hecho y pronto todo habría terminado. De modo que podía relajarse.

—Perdóneme —dijo, interrumpiendo al industrial—. Hay alguien a quien quiero ver.

Con la copa de champán en la mano, se abrió paso entre la multitud. Había

bastantes hombres altos en la habitación. Incluso Patrick Blackheart, antiguo ladrón de joyas convertido en un excelente asesor en cuestiones de seguridad, era más alto que ella.

Pero se descubrió a sí misma dirigiéndose hacia la caja de música de Lalique, sintiéndose arrastrada por ella, como le había ocurrido antes. Y allí encontró al desconocido, contemplando la caja con expresión perpleja.

—Es preciosa, ¿verdad? —le preguntó.

Michael se volvió para mirarla e Isabel recibió toda la fuerza de sus ojos oscuros. Decir que era maravilloso no servía siquiera para empezar a describirlo. Tenía un rostro inteligente, lleno de planos y ángulos misteriosos, la nariz recta y los labios torcidos en un irónico gesto. Aunque el pelo lo llevaba demasiado largo, tenía que reconocer que le quedaba perfectamente. Diablos, cualquier cosa le quedaría bien a un hombre como aquel, pensó Isabel con un suspiro. ¿Por qué no podría haber millonarios como él, con unos ojos diabólicos y un cuerpo alto y esbelto?

Por supuesto, probablemente él también fuera millonario, se recordó. ¿Pero qué probabilidades había de que un hombre tan atractivo y millonario estuviera libre? Ninguna.

—Sí, encantadora.

Oh, Dios. ¡Y además tenía un acento precioso! No se le notaba mucho, pero sí lo suficiente como para que ella se sintiera especialmente vulnerable.

—No sabía que Lalique hacía cajas de músicas.

—Al parecer esta podría ser la única que hizo —Isabel bebió un sorbo de champán. No sabía si era por la temperatura de la habitación o por el efecto de las burbujas, pero se sentía ligeramente mareada al mirarlo.

—¿Y qué melodía suena?

—No lo sé. La verdad es que antes he intentado comprobarlo y se han disparado todas las alarmas —le contestó Isabel con ironía—. Por cierto, soy Isabel Linden, la asesora ejecutiva de Bill Helms, ¿Y usted es...?

—Michael. Michael Blackheart.

Había conseguido sorprenderla.

—¿Blackheart? ¿Forma usted parte del dispositivo de seguridad?

—Es solo una coincidencia —contestó con naturalidad—. No somos parientes. Entonces dime, Isabel, ¿cuál es tu pieza favorita de la colección? A mí

me gusta ese pequeño Rembrandt. El Vermeer también es muy tentador, aunque no creo que quedara bien en mi salón.

Definitivamente un millonario. O un mentiroso.

—A mí me gusta la caja de música —contestó ella—. No vale tanto como las otras cosas, el Rembrandt es posiblemente el cuadro más valioso, seguido por los dos Renoir y el Vermeer. La verdad es que el Vermeer también me gusta —añadió con un codicioso suspiro—. Pero la caja de música me conmueve de forma especial.

—Pero no vas a volver a abrirla —contestó él con una sonrisa—. ¿Quieres que veamos lo que pasa si la tocamos?

—Ya te lo he dicho, se disparan todas las alarmas —contestó Isabel.

—No sé si alguna vez he visto sonar tantas alarmas. Además, quiero saber cómo es la melodía. O si todavía funciona. No me gustaría licitar por un objeto estropeado.

—¿Pretendías licitar por la caja de música? —le preguntó fascinada. No parecía un hombre capaz de interesarse por una pieza tan delicada—. ¿No sabes que la han retirado de la subasta? No sé si ha habido alguien que ha licitado por ella en privado, o si el señor Helms ha cambiado de opinión, pero el caso es que no está en venta.

—Todo está en venta, si se está dispuesto a pagar el precio adecuado —contestó con calma.

Y antes de que Isabel pudiera impedirselo, alargó la mano y tomó la delicada caja de cristal.

Todos los sistemas de alarma se pusieron en funcionamiento. Las tenues luces del salón dejaron de percibirse bajo la potente luminosidad de los focos. Una penetrante alarma hizo enmudecer a los músicos que tocaban sobre un pequeño estrado y todo el mundo se quedó paralizado mientras un ejército de hombres entraba en la habitación a grandes zancadas y rodeaba a Isabel y a aquel peligroso tipo al que acababa de conocer. No era el personal de seguridad de Blackheart, advirtió Isabel, sino los hombres que Helms había seleccionado personalmente como guardaespaldas.

—Tranquilos, chicos —dijo Michael, sin alterarse en absoluto por el caos que había organizado—. No querréis que la tire al suelo, ¿verdad?

El aullido de la alarma cesó bruscamente y se hizo un silencio mortal en la habitación. Lo único que se escuchaba era la débil y delicada melodía de la cajita

de música que Michael Blackheart sostenía entre sus manos.

Michael cerró la caja de cristal y la dejó en su lugar.

—Si estuviera intentando robar, no creo que lo hiciera en una habitación rebosante de gente —dijo con ironía—. Siento todo este alboroto.

—No pasa nada Johnson —le dijo Isabel al jefe de seguridad de Bill Helms—. Este hombre está conmigo.

Henry Johnson no parecía muy convencido, pero no podía hacer nada para echar a Michael de allí sin montar una escena. La banda había comenzado a tocar otra vez, los invitados reanudaban sus conversaciones y las luces recuperaban sus tenues matices.

—Al señor Helms no le va a gustar lo que ha pasado —dijo sombrío.

—Yo le explicaré lo ocurrido. Ha sido un desgraciado accidente —contestó Isabel con amabilidad.

Era algo que se le daba bien, aliviar las tensiones, e incluso Johnson pareció sosegar. Isabel era consciente de que no le gustaba. Sospechaba que en realidad nadie le gustaba demasiado, pero al menos ella todavía era capaz de hacerlo reaccionar como pretendía.

Sin decir una sola palabra, Johnson giró sobre sus talones y salió seguido por los cinco hombres altos y rubios que siempre lo acompañaban. Isabel se volvió hacia Michael, que parecía completamente despreocupado.

—¿De verdad? —le preguntó Michael con expresión de curiosidad.

—¿De verdad qué?

—¿De verdad estoy contigo?

Isabel consiguió no ruborizarse.

—Supongo que es preferible que esté conmigo a que tenga que marcharse con los matones de Helms. Pero lo que ha hecho no ha sido muy inteligente.

—No se me da muy bien seguir las normas. ¿Qué eres exactamente de Bill Helms?

—¡Nada! —contestó con demasiada rapidez—. Solo trabajo para él, como ya he dicho antes. Soy su asesora ejecutiva. Al menos hasta ahora.

—¿Crees que te va a despedir?

—Voy a marcharme yo. Esto no es para mí.

—¿Y qué es lo que es para ti?

No estaba demasiado cerca de ella, pero aun así, Isabel era extraordinariamente consciente de él. Debía de ser la combinación del champán, del cansancio y del estrés, que le estaba jugando una mala pasada. Alzó la mirada y lo observó con expresión soñadora.

—¿Qué es lo que es para mí? —repitió aturdida.

—¿A qué te dedicas exactamente?

—Me dedico a organizar a la gente. A convertir en orden el caos.

—Un talento muy útil. Excepto para aquellos que prefieren el caos, claro.

—¿Y tú eres una de esas personas?

Michael se encogió de hombros.

—Me gusta sentir la adrenalina, pero estoy intentando dejarlo. Un poco de orden no me vendría mal y al parecer tú necesitas un trabajo, ¿Cuándo terminas con Helms?

—Esta noche —contestó, sin saber siquiera que iba a decirlo. Intentó recobrar la sensatez. Nada de champán, se recordó. Y nada de volver a mirar aquellos devastadores ojos castaños—. ¿Qué clase de negocio tiene, señor Blackheart?

—Llámame Michael. No querrás que me confundan con un ladrón retirado, ¿verdad? —preguntó con expresión divertida.

Isabel se echó a reír.

—Así que has oído hablar de Blackheart Incorporated. Sé que puede parecer extraño, pero no hay nadie como él en el negocio de la seguridad.

—Puedo imaginármelo. Lo aprendió todo desde dentro —dijo Michael.

—Pero todavía no me has dicho a qué te dedicas. ¿Qué te gustaría que hiciera por ti?

Por un instante, Michael no dijo una sola palabra. Se limitó a mirarla e Isabel se permitió el lujo de sumergirse en su mirada.

Y cuando Michael sonrió, lo hizo con una sonrisa que no prometía nada, pero lo prometía todo.

—Dame unas cuantas horas para pensarlo.

9:00 p.m.

Definitivamente, era una complicación, pensó Michael mientras se bebía el *ginger ale* en una copa de champán. Había aprendido mucho tiempo atrás que era preferible trabajar sobrio y hambriento, y ni siquiera las exquisiteces que Southworth ofrecía aquella noche lo tentaban. La única tentación en aquel lugar, además de los millones y millones de dólares que valía aquel tesoro, era la señorita Isabel Linden. Aquella mujer podría distraer a un santo o a un pecador en busca de la redención. Él no era ninguna de las dos cosas; la redención era algo que se sobreestimaba y la santidad debía de ser mortalmente aburrida. En cualquier caso, no tenía intención de descubrir si lo era o no.

Y, desgraciadamente, tampoco tenía intención de hacer nada con la señorita Isabel Linden que le permitiera entretenerse con eróticas fantasías.

Tenía un trabajo que hacer, y él nunca mezclaba el trabajo con el placer.

A Isabel le gustaba la caja de música, un detalle que lo había fascinado. La mayor parte de las mujeres de aquel salón habrían preferido objetos de más valor, como los cuadros o las joyas que allí se exhibían, a Michael no le costaba nada imaginársela con aquellas perlas venecianas del siglo diecisiete resplandeciendo contra su piel satinada, pero la cuestión era que nunca lo vería. Aquella iba a ser una de esas oportunidades perdidas que se antojaban más deliciosas en la fantasía que en la realidad. Si aquella fuera una noche diferente y consiguiera acostarse con ella, ella probablemente sería...

Absolutamente irresistible, admitió mientras la observaba recorrer la habitación, entreteniendo a aquellos viejos millonarios, halagando a damas tan ancianas como ricas y consiguiendo que todo transcurriera sin incidentes. Era indudable que hacía bien su trabajo: transformar en orden el caos. Algo nada apetecible para un hombre que siempre había prosperado en el caos, por supuesto, pero aun así, había algo en ella que lo atraía, y no era solo su esbelta y voluptuosa figura. Era la sensación de calma que transmitía. Lo hacía desear enterrarse en ella, perderse en aquel cuerpo de seda, sentir sus brazos a su alrededor, apoyar la cabeza en sus senos y deslizarse entre sus piernas...

¡Maldita fuera! Giró sobre los talones, demasiado bruscamente quizá, porque tropezó con otra de las invitadas. Afortunadamente, Michael consiguió sostener tanto su copa como la de ella antes de que su contenido se desbordara.

—Lo siento muchísimo —se disculpó, apartándose de ella.

—Eres muy ágil —comentó la mujer con voz ronca—. Tal como me imaginaba.

Michael bajó entonces la mirada hacia ella. Se trataba de una mujer bajita,

algo rellenita, pero elegante. Probablemente tendría diez años más que él.

—¿Me estaba observando? —le preguntó intrigado.

Podía representar un peligro, por supuesto, pero seguramente solo se trataban de los preliminares de un flirteo. Aquella era una mujer hermosa, pero no era su tipo. De pronto, las mujeres que le gustaban tenían que ser serenas, rubias y de piernas largas.

—¿Debería sentirme halagado?

La mujer se echó a reír.

—No particularmente. Me recuerdas a alguien y no consigo averiguar a quién.

Era una vieja estratagema y con un poco de suerte, destinada únicamente a coquetear. Pero Michael no se sentía especialmente afortunado.

—¿Podría ayudarla a averiguarlo, señorita...?

—Señora —contestó—. Señora Blackheart. Pero puedes llamarme Ferris.

Michael ni siquiera pestañeó. Ferris lo estaba observando atentamente, como si esperara verlo reaccionar, pero él se limitó a estrecharle la mano, resistiendo el impulso de llevársela a los labios, como habría hecho un caballero europeo. Así que aquella era la esposa de su padre. Vaya, tenía que admitir que tenía buen gusto con las mujeres. Y si él fuera un hombre diferente habría aprovechado para vengarse en aquel momento del hombre que los había abandonado a él y a su madre y habría utilizado todos sus encantos para seducir a la mujer que tenía frente a él. Estaba convencido de que podría hacerlo; jamás había fallado cuando había intentado seducir a alguien. Ferris Blackheart podría representar un desafío, pero sabía que podría superarlo. Por un momento, sintió la tentación de probarlo.

Ferris separó su mano y le sonrió con ironía.

—No me mires así. Tengo edad suficiente para ser tu madre. Solo estaba intentando averiguar si nos habíamos vistos antes.

—A lo mejor, tengo un rostro muy vulgar.

—Oh, nada de eso, hijo. No hay nada vulgar en ti. Antes te he visto con Isabel, ¿Qué piensas de ella?

Michael resistió el impulso de mirar por encima del hombro.

—Es muy agradable —musitó.

—Queremos contratarla para Blackheart Incorporated. Me temo que ninguno de nosotros somos especialmente organizados y ella transmite una sensación de serenidad tan maravillosa... Con Bill Helms está desperdiciando su talento.

—¿Con Bill Helms? Creía que su relación era únicamente profesional.

—Oh, y estoy convencida de que lo es. Pero si lo dudas, siempre puedes preguntárselo.

—Señora Blackheart.

—Llámame Ferris —insistió—, todo el mundo lo hace, excepto mi marido. A él siempre le ha gustado ser diferente. ¿Y tú te llamas...?

—Michael —contestó.

Renunció a darle ningún otro dato, Ferris podía no tener la más ligera sospecha de quién era, pero se trataba de una mujer suficientemente inteligente como para averiguarlo si le daba una oportunidad.

—¿Michael qué?

—Solo Michael —Michael era un hombre al que le gustaba el peligro, que adoraba la adrenalina, O al menos lo había sido durante la mayor parte de su vida—. ¿Quiere bailar, señora Blackheart?

Ferris negó con la cabeza, sonreía, aunque su mirada parecía inquieta.

—Creo que preferirías bailar con Isabel, Solo Michael. Ahora está viendo el Monet con George Martin. Seguramente estará mortalmente aburrida. Creo que deberíamos ir a rescatarla.

Estaba intentando retirarse y Michael debería haber sospechado de ella. Y realmente sospechó, pero casi inmediatamente se volvió y vio a Isabel intentando disimular su expresión de desesperación mientras un anciano le gritaba al oído.

—Entonces después bailaremos.

—Oh, desde luego —contestó ella.

Michael podía sentir los ojos de Isabel sobre él mientras se abría paso por el vestíbulo, pero cuando volvió a mirar hacia ella ya no la vio, y se dijo que seguramente lo había imaginado. Quizá estuviera un poco falto de práctica. Había estado encarcelado en Francia durante dos años interminables y desde entonces no había robado una sola cosa. Tío Félix aseguraba que él era el mejor

de su generación, pero el talento podía desaparecer. Y, la cuestión era que su corazón ya no estaba en lo que tenía que estar. Pero ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. Todo estaba organizado y él seguiría adelante con el plan. La recepción duraría hasta la media noche, de modo que contaba con tres horas para ir repasando mentalmente el robo. Tres horas para evitar a la señora Blackheart y para coquetear con Isabel.

Era un trabajo sucio, pero estaba más que encantado con la posibilidad de hacerlo. Cuando volvió a localizarla, se colocó detrás de Isabel y ella se volvió sobresaltada.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que estabas aquí.

—Tengo unos pies muy ligeros. ¿Quieres bailar conmigo?

Isabel miró hacia aquel hombre aburrido que la estaba monopolizando.

—Oh, no puedo...

—Claro que puedes, cariño —contestó el anciano—. Deja que tu novio te lleve a bailar. A mi edad, un whisky con soda podrá consolarme de la pérdida de tu encantadora compañía.

—Es usted muy amable, señor Martin —contestó ella, pero Michael ya había puesto la mano en su brazo y la estaba arrastrando con fría determinación.

—Has sido muy rudo —le reprochó Isabel.

Michael se volvió y la rodeó con sus brazos. Isabel cayó contra el y lo miró con una mezcla de recelo y diversión.

—Cuando quiero algo no me importa ser rudo —contestó él.

—¿Y qué es lo que quieres ahora?

—Que bailes conmigo —contestó, deslizando un brazo por su cintura para conducirla hacia la pista de baile.

Isabel comenzó a bailar con él sin resistirse. Su cuerpo suave y fluido encajaba perfectamente contra el suyo y Michael cerró los ojos, respirando la esencia de su perfume y preguntándose qué haría Isabel cuando descubriera que él había robado el tesoro de su jefe.

Pero no importaba. Lo único que importaba en aquel momento eran sus cuerpos, moviéndose el uno contra el otro, la música suave y penetrante, la piel sonrosada de Isabel, sus ojos recelosos, su trémula boca... Michael se encontró a sí mismo preguntándose qué ocurriría si la besara delante de todo el mundo.

Pero no lo haría. Ya estaba siendo suficientemente malo coqueteando con ella, bailando con ella. Él había ido allí a realizar un trabajo y necesitaba concentrarse en ello, no en la piel sedosa de Isabel.

Al día siguiente, ella lo odiaría, y por buenas razones. Así que no necesitaba darle más motivos. Por desesperadamente que deseara hacerlo.

No, de momento se limitaría a bailar con ella, a cerrar los ojos y a fingir que estaba en otro momento, en otra noche, y que ya no era el mejor ladrón de joyas del mundo.

Durante un breve espacio de tiempo, podía permitirse aquel placer que jamás volvería a repetirse.

Capítulo Tres

10:00 p.m.

Isabel Linden era una criatura pragmática, tranquila e incluso fría, que se enorgullecía de su capacidad para el orden y la responsabilidad. Pero entonces, ¿qué diablos estaba haciendo con un completo desconocido, descuidando sus obligaciones? No importaba que la seguridad de la recepción estuviera en las capaces manos de Blackheart Incorporated, ni que los aspectos relacionados con la atención a los invitados fueran controlados por el excelente personal de Southworth. Ni que Bill Helms, para variar, hubiera dejado de mirarla. Aun así, ella tenía su propio sentido de la responsabilidad, que parecía haberse disipado en el instante en el que Michael Blackheart la había estrechado entre sus brazos.

Para ser sincera, probablemente había ocurrido en el momento en el que lo había mirado a los ojos, aunque había hecho todo lo posible por ignorar la extraña influencia que aquel hombre tenía sobre ella. Pero en cuanto la había abrazado y habían empezado a bailar, hasta la última gota de sentido común parecía haberse desvanecido y se había limitado a cerrar los ojos y a entregarse por entero a aquel momento.

La pequeña orquesta de baile era una de las mejores de la zona. Estaban tocando canciones de los años veinte y treinta, canciones francesas de amor, y cuando comenzaron un lento y sinuoso blues, Michael la estrechó con fuerza contra él.

Isabel podía sentir su erección, pero no le importaba. Probablemente él también estaba sintiendo sus pezones erguidos contra la tela plateada de su vestido. Estaba tan excitada que podría haberlo agarrado de la mano y haberlo arrastrado hasta los arbustos del jardín sin importarle que alguien pudiera observarlo.

Sus cabezas estaban tan cerca que habría bastado con que girara un milímetro la suya para que sus labios se encontraran. Pero luchó para contenerse, aferrándose a la escasa capacidad de dominio que le quedaba. Quizá hubiera enloquecido temporalmente, pero no había perdido el sentido de la supervivencia.

Se separó ligeramente de él y lo miró a los ojos.

—No sabía que bailar pudiera ser tan... estimulante.

Michael soltó una carcajada.

—Quizá es porque no has encontrado a la pareja adecuada.

—¿Y tú eres la pareja adecuada?

—¿A ti qué te parece?

Isabel no podía negarlo... Siempre se había enorgullecido de ser brutalmente sincera. Por supuesto, también estaba orgullosa de ser una mujer responsable y controlada, y ambas características parecían haberla abandonado.

—Normalmente, bailar solo parece ser una variante de los preliminares sexuales.

—¿Y qué tienen de malo los preliminares sexuales?

Eso le pasaba por intentar mostrarse tan despreocupada. ¿Por qué demonios había tenido que sacar el tema del sexo cuando su excitado cuerpo estaba presionado contra el de Michael?

—Nada, supongo. Si sabes lo que estás haciendo.

—Yo siempre sé lo que estoy haciendo —contestó Michael, al tiempo que le hacía apoyar la cabeza en su hombro.

Isabel permaneció callada un instante, pensando en ello.

—No voy a acostarme contigo.

Al principio, Michael no dijo nada e Isabel se preguntó si la habría oído.

—Ya lo sé —contestó por fin—. Pero no porque no tengas ganas de hacerlo. Simplemente no eres de esa clase de chicas, ¿verdad? No te acuestas con desconocidos, no te enamoras a primera vista y no arriesgas nada por un momento de pasión.

—No, no lo soy —en el fondo, esperaba que la soltara en aquel momento, pero Michael se limitó a suspirar con pesar.

—Es una pena —musitó—, tendré que conformarme con los preliminares.

Y antes de que Isabel pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, Michael fue moviéndose entre los invitados para llevarla hasta una esquina de aquel enorme salón. En una habitación repleta de gente y de vigilantes, consiguió encontrar un oscuro rincón en el que nadie podía verlos, apoyarla contra la pared y besarla. Amor a primera vista. Aquellas palabras recorrían el cerebro de Isabel como una absurda letanía. Isabel ni siquiera estaba segura de creer en el amor, y mucho menos a primera vista. Pero en aquel momento, no estaba segura de absolutamente nada, salvo del delicioso sabor de la boca de

Michael sobre la suya.

Aquel hombre besaba tan bien como bailaba. Se apoderó de la boca de Isabel con una lenta y profunda sensualidad, Isabel cerró los ojos, olvidándose de las luces, del ruido, dejándose atrapar por el asombroso deleite de sentir sus labios sobre los suyos. Michael movió las manos a ambos lados de su cuerpo, atrapándola por la cintura y haciéndola erguirse ligeramente contra él. Isabel se preguntaba si sería capaz de limitarse a besarlo, a sentirlo a través de la tela del vestido. Quizá llevaba demasiado tiempo sin tener relaciones sexuales. A lo mejor había sido demasiado prudente y el deseo durante tanto tiempo contenido había explotado de pronto, haciéndole perder el control con un maravilloso desconocido cuando debería estar trabajando...

—Deja de pensar —le recomendó Michael—. No puede vernos nadie.

—No me importan los demás —contestó ella, pero su voz sonó como un susurro—. No debería estar haciendo esto.

Michael volvió a besarla; fue otro beso lento y sabroso sobre sus labios, y después le susurró al oído:

—¿Por qué no?

—Tengo un trabajo...

—Pero vas a renunciar a él.

—No te conozco.

—Ya nos hemos presentado.

—No quiero...

—Sí, claro que quieres —contestó.

En otro hombre, aquella respuesta habría sonado autoritaria, repugnante. Habría merecido una bofetada. Pero con Michael era, simplemente, verdad.

—Sí, claro que quiero —se mostró de acuerdo. Deslizó los brazos por su cuello y volvió a besarlo, dispuesta a perderse por completo.

Para su más absoluta sorpresa, Michael se quedó completamente Inmóvil. Pero entonces oyó la voz inexpresiva de Johnson.

—¿Señorita Linden? El señor Helms la está buscando.

Durante un breve y cobarde instante, Isabel se preguntó si podría esconderse detrás de Michael. Era más alto que ella y allí, en la oscuridad de aquel rincón, Johnson no podía estar seguro de que fuera realmente ella la que estaba

abrazando a un desconocido.

Excepto por el vestido plateado. Y por el hecho de que Johnson jamás se equivocaba.

Michael se estaba moviendo, intentando ocultarla, pero Isabel lo empujó con delicadeza y él se apartó sin decir palabra. Isabel se alisó el vestido, deseando con todas sus fuerzas que Johnson hubiera aparecido cinco minutos antes o una hora después, y contestó con su habitual eficiencia:

—Por supuesto, Johnson. ¿Ha ocurrido algo?

No había censura en los inexpresivos ojos de Johnson, pero la verdad era que aquel hombre no había expresado un solo sentimiento desde que Isabel lo conocía.

—No, señorita. Solo quería que la encontrara.

Ojalá hubiera tenido la sensatez de despedirse aquella mañana, pensó Isabel. Pero mejor era tarde que nunca. Se iría con Johnson, le daría a Helms tranquilamente la noticia de su renuncia y después volvería con Michael Blackheart. Y quizá todas sus normas y principios se hicieran mil pedazos porque, quizá, solo quizá, estuviera empezando a creer en el amor a primera vista.

11.00 p.m.

Michael la observó marcharse y exhaló un suspiro en el que se mezclaban el alivio y el arrepentimiento. Todavía no se lo podía creer. Habría estado dispuesto a abandonarlo todo, a ignorar los cuidadosos planes que había organizado, si ella hubiera estado dispuesta a irse con él.

Sí, él tenía razón. Aquel había dejado de ser un trabajo para él. En los últimos años había sido autor de algunos de los robos más creativos y atrevidos de la historia. Ya no necesitaba aquel último golpe, no necesitaba vengarse de su padre ausente y le importaba un comino que Bill Helms sacara algún dinero del tesoro nazi. La guerra había terminado hacía más de cincuenta años, y por lo que Michael sabía de las simpatías de Bill Helms por los grupos neonazis, aquello podría haber sido parte de las paranoias de su tío. Si Isabel se hubiera mostrado de acuerdo en irse con él, la habría llevado a donde demonios hubiera querido ir ella y se habría olvidado del robo del siglo.

Pero el destino se había aparecido encarnado en uno de los guardaespaldas de Helms y a Michael ya no le quedaba otra opción que encogerse de hombros y continuar con sus planes. La fiesta terminaría a media noche, los invitados se

marcharían y el maravilloso tesoro de Helms se guardaría para ser llevado a la casa de subastas de Southworth.

Pero el tesoro no iba a llegar a su destino. Él iba a llevárselo, junto con el recuerdo de los dulces labios de Isabel. Y viviría para siempre con aquel arrepentimiento... Y con la sustanciosa cantidad de dinero que obtendría por el robo de aquel tesoro. Dinero que seguramente serviría para calmar sus arrepentimientos, ¿o no?

Isabel acababa de desvanecerse entre la multitud, rodeada por el pequeño ejército de Helms. Michael tuvo de pronto la desagradable fantasía de que había sido secuestrada por los nazis. Algo ridículo, por supuesto, puesto que ella era tan alta y rubia como cualquiera de los hombres que Bill Helms había elegido como guardaespaldas. Aquello le hizo preguntarse algo... ¿por qué todos los hombres que rodeaban a Bill Helms eran tan agresivamente arios? ¿Habría algo más en la paranoia de su tío sobre los grupos neonazis de lo que en un principio había creído?

Isabel tenía una espalda preciosa, pensó Michael. La seda plateada acariciaba su cuerpo, se deslizaba por su espalda. Y Michael ya sabía que no llevaba sujetador. Le habría gustado dedicarle más tiempo a aquella espalda...

Pero el deber, en forma de gran robo, lo llamaba, y no iba a descuidarlo por algo tan efímero como una espalda esbelta.

Miró su Rolex robado. Lo había conseguido en su primer trabajo, hacía ya quince años, y a pesar de que un buen Rolex debería durar para siempre, estaba comenzando a atrasar y ningún joyero era capaz de arreglárselo. Sabía que se pararía en cualquier momento. Pero esperaba que no lo hiciera aquella noche.

El tiempo corría. Y tenía algo más que hacer antes de que la recepción se diera oficialmente por terminada y tuviera que ponerse en movimiento.

Quería conocer a su padre.

John Patrick Blackheart debería estar disfrutando de los frutos de su trabajo. La recepción estaba saliendo perfectamente. Su pequeño y selecto grupo de vigilantes se entendía perfectamente con el cuadro de seguridad de Southworth, y no tan bien con los hombres de Helms. En una hora, se habría marchado de allí hasta el último invitado y el tesoro sería trasladado de nuevo a la casa de subastas. Una vez llegaran allí, sus preocupaciones habrían terminado y, a cambio, Blackheart Incorporated conseguiría una buena cantidad de dinero.

En realidad, no necesitaban de forma particular aquel ingreso. Patrick había

estado empezando a considerar la posibilidad de reducir sus horas de trabajo y, de hecho, cada vez le cedía más trabajos a su socio, Trace Walker. Llevaba trabajando más de diecisiete años y necesitaba un descanso. Sin pretenderlo siquiera, se había convertido en un adicto al trabajo y estaba empezando a cansarse de todo aquello. Quería disfrutar de sus hijos mientras fueran todavía jóvenes, y quería disfrutar de su esposa. Si ella estaba de humor para permitírselo.

No conseguía averiguar qué le ocurría. Había llegado de un humor excelente a la recepción y, por lo que él sabía, estaba disfrutando de la velada. Los niños se habían quedado con su tío Trace y Patrick tenía intención de llevarse a Francesca a la habitación del hotel, compartir con ella una botella de champán y hacer el amor sobre una maravillosa alfombra persa, en frente de la chimenea. Y en aquella cama gigante. O mejor en el jacuzzi. O en el escritorio. O...

Hacía tanto tiempo que no pasaban una noche solos. Él quería apasionadamente a sus hijos, pero con trece y once años, parecían estar siempre presentes. Llevaba mucho tiempo planificando aquella noche, pero de pronto Francesca parecía dispuesta a obligarlo a dormir en el sofá, y no conseguía comprender por qué.

Se había presentado frente a él hacía una hora, con sus ojos verdes relampagueando y le había susurrado con amargura:

—Eres un canalla.

Afortunadamente, Patrick acababa de separarse de un industrial que estaba intentando encargarle un nuevo trabajo.

—¿Perdón?

—No pongas esa cara de inocente —le había reprochado.

—Francesca...

—Y no me llames así. Para ti soy Ferris.

Había sido entonces cuando Patrick se había dado cuenta de que se trataba de un problema serio.

—Cariño... —había empezado a decir, pero ella lo había interrumpido.

—Eres un pésimo padre y un pésimo ser humano.

Lo de «pésimo padre» le había dolido, tanto como Francesca sabía que le dolería, pero se había limitado a pestañear. En realidad era muy buen padre con

Tim y con Kate y ambos lo sabían.

—Sí —había contestado perezosamente—, pero soy un magnífico ladrón y un diablo en la cama.

—¿Te crees muy gracioso?

Patrick se había encogido de hombros.

—Hasta yo sé que no puede ser muy serio lo que te ha puesto tan nerviosa. Cuando veníamos hacia aquí, no parábamos de besarnos y de pronto me tratas como si fuera una especie de asesino en serie. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Por qué no se lo preguntas a tu hijo? —le había contestado con amargura, y se había alejado de él.

Mientras se alejaba, Patrick se había permitido admirar su figura. Había ensanchado durante sus quince años de matrimonio. Ella pensaba que estaba gorda, por supuesto, y nada de lo que Patrick le decía servía para convencerla de lo contrario, aunque normalmente los hechos eran más elocuentes que las palabras. Y aquella noche él pretendía ser muy elocuente... hasta que Francesca había decidido atacar.

Se dirigió hacia una de las esquinas más tranquilas del salón y sacó su teléfono móvil. La esposa de Trace, Kate, contestó rápidamente. Parecía un poco acelerada.

—¿Va todo bien? —preguntó Patrick.

—Los niños están viendo una estúpida película de acción en la televisión y comportándose como niños.

—Son niños, Kate.

—Sí, pero Trace no. Y en cuanto aparece Tim por casa sufre una regresión. Ahora mismo le estoy obligando a recoger las palomitas que han tirado al suelo —a Kate le gustaba quejarse, pero Blackheart sabía que adoraba a su marido, y también a Tim y a Kate—. ¿Ha ocurrido algo? ¿No confías en que estemos cuidando bien a tus hijos? Tenemos tres hijos y todavía no hemos conseguido acabar con ellos.

—Solo quería saber cómo estaban.

—Sí, claro.

—Dales un beso a los niños.

—Disfruta de tu noche con Ferris.

Sí, claro, pensó Blackheart mientras se guardaba el teléfono. Ferris no iba a dejarlo acercarse a tres metros hasta que él no averiguara lo que le ocurría. Tenía que tratarse de algún estúpido malentendido, pero ella no parecía estar de humor para escucharlo.

Miró hacia Bill Helms. Este estaba rodeado de su pequeño ejército de guardaespaldas. Blackheart no podía entender por qué necesitaba tanta protección. Era inmensamente rico, sí, pero atacarlo a él no era la mejor forma de enriquecerse. Era mejor ir detrás de algo que pudiera importarle al millonario.

Como Isabel Linden, una joven responsable y sensible, además de atractiva. A Blackheart le recordaba un poco a Francesca, aunque probablemente no tendría tanto carácter. Incluso desde el otro extremo de la habitación, Blackheart podía ver a Helms prácticamente babeando sobre ella. Patrick comprendía el lenguaje del cuerpo suficientemente bien como para distinguir la respuesta de Isabel desde aquella distancia. Isabel pensaba que Helms era repugnante.

Y realmente lo era. Helms era un tipo repulsivo que pensaba que todo podía comprarlo. Y quizá fuera cierto. Pero en el futuro no podría comprar los servicios de Blackheart Incorporated. Tratar con Isabel había sido una delicia, pero hacerlo con Henry Johnson y su coro griego había sido como soportar una piedra en el zapato. Después de aquello, Helms tendría que arreglárselas solo.

Recorrió el salón con la mirada. Sentía un extraño cosquilleo en la nuca y una ligera comezón en las entrañas. Quizá estuviera causada por algo tan sencillo como el enfado de su esposa, pero no lo creía.

Algo no andaba bien. Lo sentía en la sangre, en los huesos y la piel. Su formidable instinto se lo estaba gritando a voces. Algo estaba pasando y él tenía que impedirlo.

Y Francesca tendría que esperar hasta más tarde.

Capítulo Cuatro

Medianoche

Era insoportable que Bill Helms continuara con aquella enfermiza pasión por ella, pensó Isabel irritada. La perseguía como si él fuera un gato callejero y ella una caballa fresca. Aun así, sonrió educadamente, al tiempo que se preguntaba dónde se habría metido Michael Blackheart.

—Todo está saliendo muy bien, ¿no crees? —comentó Helms.

Los ojos le brillaban detrás de las gafas. Tenía un rostro lechoso, cubierto de pecas, e increíblemente desagradable. Isabel consiguió esbozar una animada sonrisa.

—Muy bien. Southworth ha hecho un excelente trabajo y tengo una fe absoluta en Blackheart Incorporated —le dijo.

Los guardaespaldas de Helms se habían alejado lo suficiente como para no oírlos, pero continuaban estando cerca. Isabel se preguntaba por qué habría considerado Helms necesario enviar a aquel ejército a buscarla.

—No solo Southworth —respondió él suavemente—. Tú también has hecho un gran trabajo. Y yo soy un hombre que recompensa la lealtad.

Pero la lealtad no tenía nada que ver con aquello.

—Este es mi trabajo, señor Helms —le contestó.

—Bill —la corrigió él—. Te dije que me llamas Bill.

Era lo último que a Isabel le apetecía. Y lo primero era volver a los brazos de Michael Blackheart.

—Bill —se corrigió con una tensa sonrisa.

—Tengo algo para ti. Un pequeño obsequio para mostrarte mi aprecio —murmuró—. Creo que va todo tan bien, que podrías alejarte unos minutos de la fiesta...

—Creo que no debería...

—Todo parecía ir estupendamente cuando estabas bailando con ese hombre. Incluso has desaparecido con él. Por cierto, ¿quién era? No recuerdo que su descripción corresponda a la de ninguno de los invitados.

—La lista de invitados era enorme y ha sido revisada por Southworth y

Blackheart Incorporated. Es imposible que conozca a todo el mundo personalmente —contestó, sintiéndose repentinamente incómoda.

—Eso no es propio de ti, Isabel. Yo siempre he admirado la atención que le prestas a los detalles —la agarró del brazo y comenzó a salir del concurrido salón.

Isabel no podía resistirse sin montar una escena. E Isabel odiaba las escenas. Además, Henry Johnson y sus amigos los estaban siguiendo. Isabel miró entre los invitados, buscando a Michael, pero no lo veía por ninguna parte.

—El trabajo ya está casi terminado —dijo—. Por eso he relajado un poco la atención. ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —respondió Helms—. Y el hecho de que la noche esté a punto de acabar no significa que haya terminado el trabajo. Juntos podemos llegar a realizar cosas maravillosas, Isabel. Lo presiento.

Isabel no pensaba hacer ni una maldita cosa con él aunque fuera el tercer hombre más rico del universo. Pensó en la posibilidad de liberarse de su mano, pero el escuadrón de hombres que lo acompañaba no la habría dejado ir muy lejos.

Segundos después, Helms se adentraba con ella en un pequeño salón. Había una cubeta de hielo con una botella de champán, dos copas y una enorme caja blanca sobre un sofá, Johnson cerró la puerta tras ellos, dejándolos solos en la habitación.

—He hecho traer esta botella de mi bodega especial —Helms le soltó la mano y sirvió el champán—. Soy consciente de que últimamente no he sido muy atento contigo, pero esta subasta ha consumido gran parte de tu tiempo. Y quiero enmendar mi error.

—¿Qué no ha sido atento? —repitió Isabel, mientras tomaba la copa de champán que le ofrecía—. Usted es mi jefe, trabajo para usted. No tiene por qué prestarme ninguna atención siempre y cuando esté satisfecho con mi trabajo.

—Pero juntos podemos hacer muchas más cosas. He estado observándote, Isabel. Eres todo lo que admiro en una mujer, tanto física como espiritualmente. Y quiero que a partir de ahora trabajemos juntos.

Tenía que decírselo cuanto antes. Tenía que decírselo antes de que volviera a poner sus manos húmedas sobre ella. Se aclaró la garganta.

—Señor Helms...

—Bill —la corrigió y acercó su copa a la suya—. Por nosotros.

—No creo que en estas circunstancias sea una buena idea socializar. Creo que debería marcharme.

Una sombra oscureció la expresión de Helms por un instante, pero después sonrió. Aquel hombre tenía la costumbre de ignorar todo lo que pudiera impedirle conseguir lo que quería. Se volvió y tomó la caja que había sobre el sofá. Era casi tan grande como él y estuvo a punto de perder el equilibrio mientras se la tendía.

—Es para ti, Isabel. Una pequeña muestra de mi sincero afecto.

A pesar de lo que abultaba, no pesaba excesivamente. A Isabel no le quedó más remedio que sentarse en uno de los frágiles e incómodos sofás del salón. Helms pensaba que iba a conseguir un encuentro romántico en uno de aquellos minúsculos sofás, realmente sobrestimaba el atractivo de su fortuna.

Isabel no reconoció el nombre impreso en la caja.

—Ábrela —insistió Helms—. Lo he encargado especialmente para ti.

Isabel desató el lazo de blanco satén, abrió la caja y se quedó mirando su contenido horrorizada. Era una masa de piel blanca y suave.

—Pruébatelo —le propuso Helms alegremente, sacando la piel de la caja. Era un abrigo largo hecho con la piel de algún pobre animal blanco. Era una prenda tan lujosa como espantosa.

—Soy vegetariana —contestó Isabel con voz débil.

—No te estoy pidiendo que te lo comas —contestó Helms con cierta irritación—. Es de armiño. Lo encargué exactamente a tu medida. Te quedará maravillosamente.

—¿Ha hecho que maten a esos pobres cachorros especialmente para mí?

Helms le colocó el abrigo entre los brazos. La piel era suave, cálida y extraordinariamente bella, pero pertenecía a sus antiguos y desgraciados propietarios, no a ella.

—No eran cachorros, eran animales adultos y están criados para ese propósito. No seas ingenua, Isabel. En este mundo hay seres fuertes y seres débiles, unos dan y otros toman. Esos roedores han sido puestos en la tierra para proporcionar abrigos hermosos para mujeres bellas, frías. Bueno, no es que tú seas fría, solo lo suficiente como para convertirte en un desafío.

La miraba sonriente. Isabel apartó la caja de su regazo y se levantó, dejando

el abrigo sobre el sofá.

—A lo mejor esos pequeños roedores han sido puestos en la tierra para ser protegidos de personas como usted.

Helms sacudió la cabeza.

—El lobo se come al cordero, Isabel. Lo único que tienes que hacer es alegrarte de formar parte de la raza dominante.

—¿De qué?

Por vez primera, Bill Helms pareció ponerse nervioso.

—Me refiero a la clase dirigente. Los que tienen, en contraposición con los que no tienen. Nosotros somos las personas que dirigen este país. Tenemos la sabiduría, el poder, los genes...

—¿Los genes? —repitió, sin intentar siquiera contenerse—. ¿Raza dominante? ¿Pero qué clase de neonazi es usted?

No estaba particularmente preocupada por si podía ofenderlo o no, pero tampoco estaba preparada para su reacción. De pronto, Bill esbozó una sonrisa fría como el hielo y dejó de parecer un pequeño y rico pelele, necesitado siempre de su pequeño ejército de guardaespaldas, Isabel vislumbró en aquel momento la tenacidad que lo había llevado a amasar su inmensa fortuna.

—Me has estado espiando —dijo Helms con voz suave y peligrosa—. Debería haberme dado cuenta de que no podrías evitar meter esa pequeña y perfecta nariz en asuntos que no te conciernen, pero me temo que te he subestimado. Lo que me interesa saber ahora es por qué no has hecho nada al respecto.

Isabel no se lo molestó en disimular su reacción de incredulidad.

—¿De qué demonios está hablando ahora? —le dijo—. ¿Es que se ha vuelto completamente loco? No quiero ese abrigo manchado de sangre, no quiero su champán, ni sus atenciones, ni su insoportable trabajo. Renuncio —giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, temiendo poder encontrarla cerrada.

Se sentía extraña, desorientada, como si estuviera en medio de un melodrama Victoriano. Afortunadamente la puerta se abrió en cuanto la empujó, dispuesta a alejarse para siempre de allí.

Pero Henry Johnson le bloqueó la salida.

—¿Algún problema, señor? —preguntó con su voz inexpresiva.

—Me temo que nos hemos equivocado con la señorita Linden —contestó Helms—. Ha estado entrometiéndose en asuntos que no eran de su incumbencia y me temo que ha llegado a convertirse en un serio inconveniente para nosotros.

Isabel se volvió para mirar a Helms; el miedo y la furia batallaban en su interior.

—No tengo la menor idea de lo que está hablando. Lo único que sé es que será mejor que me deje marcharme si no quiere que me ponga a gritar.

—Ya la has oído, George, no nos deja otra opción.

Isabel ni siquiera tuvo tiempo de volverse. Lo último que sintió fue un ligero escozor en la base del cuello antes de caer al suelo y fijar los ojos en la piel blanca. Quizá debería haber aceptado aquel maldito regalo.

Inmediatamente después, la envolvió una oscuridad absoluta.

Michael no volvió a ver a Isabel, y se decía a sí mismo que era preferible. Ya se había distraído suficientemente de su trabajo. Al cabo de unos días, estaría en Europa, celebrando el éxito de su último golpe e Isabel se habría convertido en un recuerdo agri dulce. Un recuerdo que duraría unos días, unas semanas como mucho. O algunos meses si no tenía mucha suerte.

O quizá él fuera como su tío Félix, que se había enamorado de su tía Margot y no había vuelto a mirar a otra mujer durante sesenta años, a pesar de que llevaba ya dos décadas de viudedad.

Pero con un poco de suerte, él no habría salido a aquella rama de la familia. Sería mucho más divertido ser como su padre, capaz de salir de la vida de una mujer y no volver a pensar en ella... Ni siquiera cuando ella llevaba en su vientre a un hijo suyo.

No, eso tampoco le gustaba. Él no quería complicaciones de ningún tipo. Había estado trabajando en ello y creía haber hecho algunos progresos, hasta que había posado la mirada en Isabel Linden y había sentido la tentación de olvidarse de todo, salvo de aquellos profundos ojos azules.

De lo único que se arrepentía era de no haber conseguido ver a su padre. Habría sido divertido charlar un rato con él, quizá incluso discutir del valor del tesoro de Helms y que durante todo el tiempo Patrick Blackheart se hubiera estado preguntando por qué aquel hombre le resultaba familiar. Aunque quizá no le hubiera resultado en absoluto familiar. Y además, ¿por qué iba a tener que importarle eso a él. Él había ido allí para darle un buen golpe a Blackheart. Su

padre no tenía por qué saber quién era el responsable.

Salió del salón de baile junto con el resto de los invitados, seguro de que nadie podría reconocerlo. Pero él no se dirigió hacia un taxi, ni se dispuso a esperar una limusina. Sin apresurarse, se encaminó directamente hacia su habitación, ignorando la punzada de arrepentimiento por estar solo y concentrándose en su trabajo. Cuando cuarenta y cinco minutos después abandonó la habitación, nadie lo habría reconocido como al elegante caballero que había activado el sistema de alarma.

El plan de seguridad de Blackheart Incorporated era sencillo y elegante, y habría resultado eficaz contra la mayoría de los ladrones. Una vez despejado el salón de baile, todas las obras de arte se guardarían en sus correspondientes cajas de madera para ser transportadas hasta la casa de subastas en una furgoneta blindada que las dejaría en la puerta de aquel venerable establecimiento. Al mismo tiempo, los productos del *catering* serían empaquetados y trasladados en una de esas anónimas furgonetas utilizadas por aquel tipo de empresas. Los guardas de seguridad se encargarían de vigilar las obras de arte, los empleados del *catering* cargarían la otra furgoneta y dos de los empleados de menor rango de Southworth se encargarían de conducirla a su destino.

Pero la furgoneta alquilada, la más vulgar, no accedería al interior del establecimiento por la entrada de la bahía, sino por una entrada más discreta de la casa de subastas. Y en realidad, aquellas cajas de cartón del *catering* que supuestamente contenían objetos sin valor alguno, servirían para guardar las obras de Renoir, Monet, Lauque y Fabergé mientras que las cajas de madera llevarían únicamente la vajilla de cristal y los objetos de plata. Y ni siquiera los conductores de sendas furgonetas lo sabrían.

Pero a pesar de lo que Blackheart había dispuesto, en uno de los dos casos el conductor lo sabría, pensó Michael, ajustándose la gorra de béisbol y desabrochándose el último botón de la cazadora vaquera. La cazadora llevaba el emblema de la empresa de catering y la visera de la gorra ocultaba su rostro. Transformó su andar rápido y erguido por un caminar de pasos cortos y, antes de que nadie pudiera reparar en su repentina aparición, ya estaba levantando una de las cajas de cartón y la estaba llevando hasta la furgoneta.

El pequeño cuerpo de guardia de Helms observaba la operación sin ofrecerse en ningún momento a prestar ayuda. Eran todos prácticamente idénticos, desde el color rubio de su pelo hasta sus ojos azules e inexpresivos y sus muscudos cuerpos. ¿Dónde estaría Isabel?, se preguntó Michael mientras iba a buscar otra caja, pasando por delante de uno de sus compañeros de trabajo.

¿Estaría coqueteando con Bill Helms? ¿Se habría olvidado ya de los besos que habían compartido?

—¡Eh, tú! —lo llamó uno de los hombres de Helms.

Michael consideró la posibilidad de ignorarlo. Ya se había cruzado dos veces con aquel hombre durante la velada: la primera, cuando había activado deliberadamente las alarmas y la segunda cuando se había retirado con Isabel Johnson, recordó. Isabel lo había llamado Johnson.

Michael se detuvo y alzó la mirada hacia esos ojos de hielo, cargándola con todo el desdén del que fue capaz.

—No recuerdo que estuvieras en la cocina —le dijo Johnson. Era evidente que tampoco se acordaba de haberlo visto en ninguna otra parte.

—Formo parte del equipo de recogida, tío —contestó Michael perezosamente—. Si te apetece cargar estas cajas en mi lugar, tú mismo.

Johnson lo miró con recelo, como si no estuviera muy convencido. Después se encogió de hombros.

—No importa. Ya casi hemos terminado. Puedes irte a casa.

—¿Y quién va a conducir la furgoneta? —en realidad, sabía que habían planeado que lo hiciera uno de los trabajadores de Blackheart, pero no parecía haber ninguno por los alrededores.

—Eso no es asunto tuyo. Eso ya lo hemos arreglado con tu empresa.

El resto de los empleados había comenzado a alejarse sin sospechar nada y alegrándose de poder terminar antes de lo habitual. Michael esbozó una petulante sonrisa.

—Tú mismo —dijo—. Tengo mejores cosas de hacer.

Los hombres de Helms lo observaron mientras se alejaba, Michael caminaba lentamente, pero podía sentir sus ojos fríos y azules clavándose en su espalda. Pero en el fondo, se alegraba de que Helms hubiera decidido en el último momento confiar en sus propios hombres en vez de en los de Blackheart. Siempre era más fácil combatir el músculo que el cerebro y ninguno de los omnipresentes hombres de Helms parecía andar sobrado de intelecto.

Michael se deslizó a escondidas en el asiento de la camioneta y esperó pacientemente. No podía ver lo que estaban haciendo los demás, pero aparentemente, solo quedaba un bulto por cargar en la furgoneta antes de marcharse. Michael se reclinó en el asiento y silbó suavemente. Las llaves

estaban en el encendido, lo que le facilitaría las cosas, pero podría habérselas arreglado perfectamente sin ellas. En ningún momento había puesto en duda que el plan pudiera funcionar. Con audacia, cualquier ladrón tenía ganada la mitad de su batalla.

Oyó que se cerraban las puertas traseras de la furgoneta y que echaban los cerrojos. Miró por el espejo retrovisor a los dos hombres que custodiaban la furgoneta cargada. Seguramente iban armados y Michael jamás llevaba una pistola encima. Sabía cómo utilizarla, pero nunca le habían gustado. Si llegaba un momento en el que solo podía salir de una situación utilizando una pistola, entonces merecía ser disparado.

Él había planeado fundirse con el resto de los trabajadores del *catering* y salir tranquilamente de allí, pero, al parecer, las cosas iban a ser mucho más complicadas y más fáciles al mismo tiempo. Ya había conseguido despistar a los vigilantes, una labor más sencilla que sabotear la vigilancia por control remoto de la camioneta de Blackheart con uno de los juguetitos tecnológicos que le había proporcionado el tío Félix. Era un sistema magnético tan poderoso como indetectable.

Una vez desaparecidos los empleados del *catering* de escena, ya solo quedaban los conductores. Y estando aquellos conductores custodiando la parte trasera de la furgoneta y Michael en la cabina con las llaves en la mano, la respuesta era muy sencilla.

Se inclinó hacia delante, giró la llave en el encendido y el motor cobró vida. Tuvo una última y satisfactoria visión de los matones de Helms corriendo tras él mientras salía por la puerta trasera y tuvo la certeza de que habían sacado las pistolas. Resistió el impulso de agacharse cuando una de las balas hizo añicos el cristal de la ventanilla del conductor. Con un chirrido de ruedas, giró bruscamente y se adentró en las vacías calles de San Francisco.

En la parte trasera de aquella furgoneta alquilada, llevaba un tesoro robado por los nazis que valía millones y millones de dólares. Una carga mucho más valiosa que los dulces labios de Isabel Linden, aunque la verdad era que le habría gustado poder disfrutar de ambas cosas.

Pero la vida rara vez concedía todo lo que uno deseaba, y además, todo aquello había sido sorprendentemente fácil para tratarse del golpe final. Lo único que tenía que hacer era poner la furgoneta a buen recaudo en el almacén que había alquilado antes de que los hombres de Helms pudieran salir tras él. Sabía que tendrían que llamar a la policía si no querían parecer sospechosos.

Pero Michael Blackheart valía mucho más que un puñado de fascistas y que los mejores hombres de la policía. Y mucho más que su estimado padre, que había sido uno de los mejores ladrones del mundo.

Iba a conseguirlo. Aunque jamás había dudado de ello. Iba a volver a su casa con el dinero, habiendo salvado el honor de su familia.

Y con el recuerdo de Isabel Linden para mantenerlo despierto por las noches.

Capítulo Cinco

1:00 a.m.

Bill Helms echaba fuego por la boca. Patrick Blackheart lo observó acercarse con mirada recelosa. Debería haber hecho caso a su esposa. Ella le había advertido contra Helms. Por supuesto, no tenía otra cosa en contra de él que su formidable intuición, y no le había parecido motivo suficiente para renunciar a un lucrativo contrato. Pero debería haberle hecho caso. Aquel trabajo había sido insoportable desde el principio. Lo único bueno de aquella experiencia había sido Isabel Linden, y Francesca ya le había dicho que iba a intentar contratarla cuando dejara a Helms.

El trabajo había terminado sin dificultad alguna. En el último minuto, los hombres de Helms habían decidido encargarse del traslado del Tesoro Noreheld a Southworth, a pesar de las enérgicas protestas de Patrick, pero aquello ya no era responsabilidad suya. Lo único que él tenía que hacer era averiguar dónde estaba su furiosa esposa, seducirla para que lo perdonara por cualquier error imaginario que hubiera cometido y enviarle la factura a Bill Helms.

Francesca lo estaba esperando en la puerta del salón de baile, con el chal sobre los hombros y, por su aspecto, todavía no lo había perdonado. Helms se encaminó hacia él, flanqueado por sus matones, y Patrick tuvo la sensación de que la noche no iba a acabar bien.

—¿Qué demonios está haciendo allí parado? —le gritó Helms—. ¡Nos han robado!

El lugar estaba desierto. Solo quedaban en el salón algunos trabajadores del hotel retirando las mesas y, por su falta de reacción, Patrick dedujo que pocos de ellos sabían hablar inglés. Esperó a que Helms estuviera más cerca y le preguntó con calma:

—¿Ha llamado a la policía?

Helms se quedó paralizado.

—No, todavía no. ¡Lo contraté a usted para que se hiciera cargo de la seguridad y todo ha salido mal! Me aseguraré de que le retiren la licencia, le retiraré...

—Usted ha prescindido de mis servicios, Helms —respondió Patrick con calma—. Me dijo que sus hombres eran perfectamente capaces de llevar esas

obras de arte a su destino. Es evidente que estaba confundido.

—Era usted el que tenía que vigilar...

—No, ya no —lo corrigió—. ¿Qué ha pasado?

Francesca había abandonado el marco de la puerta y se acercaba hacia ellos, tan curiosa como siempre. Pero no parecía muy sorprendida por la noticia.

—Estos idiotas no están seguros de lo que ha pasado. Acababan de terminar de cargar la furgoneta cuando alguien se la ha llevado. ¡Ha robado toda la maldita furgoneta sin que estos idiotas se dieran cuenta de lo que estaba pasando! Ni siquiera saben quién la conducía, aunque creen que era uno de los empleados de la cocina.

—Yo le he disparado —dijo Henry Johnson—. Y sé que le di.

—¿A quién? ¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. Llevaba una gorra. Pero me resultaba familiar.

—Muy observador —comentó Patrick suavemente—. Un hombre con una gorra se ha llevado una furgoneta con una carga de millones de dólares delante de sus narices. Creo que debería llamar a la policía, Helms.

—¿Eso es lo mejor que puede ofrecerme? —bramó Helms—. Usted es el mejor en su negocio, por eso lo contraté, ¿y ahora pretende decirme que va a ignorar su responsabilidad?

—Yo solo me siento responsable cuando los clientes hacen lo que les digo que tienen que hacer. Le advertí que sería mucho más seguro que mis propios hombres condujeran la furgoneta, pero usted decidió hacer las cosas a su manera.

Para entonces, Helms comenzaba a parecer más aterrado que furioso.

—Usted conoce a los ladrones. Necesito que encuentre esa furgoneta y al hombre que se la ha llevado antes de que se sepa que han robado el tesoro.

—¿Y el ladrón? Si lo encuentro, y no estoy diciendo que tenga intención de hacerlo, ¿lo llevará a la policía?

Helms sacudió la cabeza.

—Nosotros nos ocuparemos de él. No quiero que usted interfiera, solo pretendo que averigüe dónde está. Mis hombres pueden hacerse cargo de la situación con mucha más eficacia que la policía o los tribunales.

Patrick estaba abriendo la boca para contestar, cuando se dio cuenta de que su esposa estaba a su lado y acababa de agarrarlo del brazo. Bajó la mirada hacia

ella, pero ella no se volvió.

—Encontraremos al ladrón y la furgoneta, señor Helms —dijo Ferris.

—Comprobaré que puedo llegar a ser muy generoso... —comenzó a decir Helms, pero Francesca lo interrumpió.

—Es solo parte del servicio, señor Helms —dijo suavemente—. Pronto nos pondremos en contacto con usted.

A Patrick no le pasó por alto el tirón que le dio en el brazo. Sabía además que si se resistía, su delicada esposa le habría dado un discreto pisotón en el pie.

—Solo quiero que me digan dónde está —volvió a repetir Helms desesperado—. Pero no quiero que se acerquen a la furgoneta.

—Estaremos en contacto —repitió Francesca con amabilidad.

En cuanto se alejaron del salón, musitó para sí:

—Me pregunto por qué tendrá tanto miedo de que nos acerquemos a la furgoneta.

Patrick no dijo una sola palabra. Después de quince años de matrimonio, sabía cuándo tenía que dejar que su esposa se hiciera cargo de la situación. Y sentía, como siempre, una curiosidad mortal por saber a dónde podía llevarlos todo aquello.

No pararon hasta que llegaron a la recepción del hotel.

—He perdido la llave —le dijo Francesca al recepcionista—. Estaba a nombre de Blackheart.

Patrick estuvo a punto de interrumpirla para decirle que él tenía la llave de la habitación, pero comprendió que había hecho mejor en callar cuando el recepcionista le preguntó:

—¿A nombre de Michael Blackheart o de Patrick Blackheart?

A Patrick no le gustó nada la repentina sensación de vacío que se apoderó de su estómago. ¿Quién demonios era Michael Blackheart? ¿Y por qué su esposa sabía de su existencia?

Tendría que esperar a que estuvieran en su propia habitación. Francesca no era tan atrevida como para solicitar la llave de la habitación de otra persona. Subieron en silencio en el ascensor y Francesca se mantenía en todo momento a una prudente distancia de él, evitando tocarlo.

Patrick ya se había quitado el abrigo y la corbata para cuando llegaron a la

habitación. Los tiró en la cama, pensando por un instante que había imaginado cosas mucho mejores para aquella cama, y cerró la puerta tras ellos.

—Muy bien, ahora explícame quién demonios es Michael Blackheart.

Francesca se quitó los zapatos, se dejó caer en la cama y lo fulminó con la mirada.

—Tu hijo, el ladrón —contestó—. Me ha llevado demasiado tiempo darme cuenta de a quién me recordaba. Tiene el pelo rubio, pero el corte de cara y los ojos son idénticos a los tuyos. Incluso anda igual que tú.

—Francesca —contestó Patrick con paciencia—, no tengo más hijos, confía en mí.

—No que tú sepas. Aunque no creo que sea una excusa ir dejando hijos por el mundo y olvidarte de ellos.

—¿Qué te hace pensar que podría ser mi hijo, aparte del hecho de que se me parece físicamente?

—El hecho de que en cuanto se enteró de mi apellido se negó a decirme el suyo. Y el hecho de que un hombre tan parecido físicamente a ti haya sido capaz de robar un tesoro delante de tus propias narices. Ha heredado tu aspecto, tu talento y un enorme rencor hacia el hombre que lo abandonó. Eso significa que él es el ladrón. Lo que no entiendo es por qué Helms es tan reacio a involucrar a la policía.

—Yo no quiero ocuparme de este asunto, Francesca.

—¿No quieres encontrar a tu hijo antes de que lo atrapen los matones de Helms? Estupendo. Vete a casa de Trace y cuida de los niños mientras él y yo nos dedicamos a buscarlo.

—Estás empezando a enfadarme, Ferris —gruñó Patrick, utilizando un nombre que Francesca odiaba.

—Eso no es nada comparado con cómo me siento yo —le reprochó—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Patrick suspiró.

—Ya te lo he dicho, no lo he hecho. ¿Qué aspecto tiene ese supuesto hijo mío? Descríbemelo.

—Puedo hacer algo más que eso. Estoy segura de que las cámaras de seguridad tienen alguna imagen de él. Podemos bajar, escanearlas...

—Le has prometido a Helms tener pronto una respuesta. ¿Tienes idea del tiempo que puede llevarnos revisar esas películas?

—Parecía un gitano.

Patrick volvió a sentir un puñetazo en el estómago.

—Pero has dicho que era rubio —protestó.

Pero Francesca lo conocía demasiado bien.

—Estás empezando a pensar que puede ser cierto, ¿verdad, desgraciado? ¿Quién era ella?

Patrick vaciló. Todavía se negaba a creer en aquella posibilidad.

—Aquello ocurrió hace mucho, mucho tiempo, querida. Yo solo era un adolescente. Y es imposible que se quedara embarazada. Su padre me habría matado o me habría obligado a casarme con ella. No puede ser.

—La edad encaja. Él debe de andar cerca de los treinta años. Felicidades, Patrick Blackheart. Acabas de descubrir que tienes otro hijo.

—¿Acaso tengo la culpa de que ella nunca me lo dijera?

—Deberías haber hecho un esfuerzo para asegurarte de que todo iba bien. Y supongo que en aquella época existían ya los preservativos.

—Estaba en la cárcel, Francesca —contestó por fin—. Ese fue el motivo por el que no pudieron encontrarme, por el que no pudieron ir a buscarme. Ahora lo recuerdo. Elena y yo habíamos pasado la noche juntos y al día siguiente me atrapó la policía. Probablemente ella pensó que había desaparecido de la faz de la tierra. Que es lo que realmente hice.

—Pero no te tuvieron preso eternamente. Podrías haber ido a buscarla al salir de prisión.

—Me escapé de la cárcel, cariño, y no tenía tiempo para despedidas. Necesitaba salir cuanto antes del país. Además, después de haber sobrevivido durante dos semanas a la hospitalidad de la policía checa, me había olvidado de todo lo que había ocurrido en el pasado reciente.

—Tú no olvidas tan fácilmente.

—No olvido tan fácilmente. Y si estás en lo cierto, tengo un hijo que acaba de robar un tesoro que se suponía que yo debía proteger, de modo que diría que ya he pagado por mis pecados. ¿Por qué demonios le has dicho a Helms que lo encontraremos?

—Porque es mejor que lo encontremos nosotros a que lo encuentren esos matones. Lo matarán.

—No seas ridícula, Helms no es un gángster. Es un millonario que se ha hecho a sí mismo y...

—Es un inmoral. No confío en él y en primer lugar, jamás habría aceptado este trabajo. Deberías haberme hecho caso.

—Pero entonces nunca habría encontrado a mi supuesto hijo.

Francesca se quedó mirándolo fijamente.

—Todavía no me crees, ¿verdad?

—Le has dicho a Helms que lo encontraríamos, ¿verdad? Y tengo intención de hacerlo, aunque solo sea para demostrarme a mí mismo y a ti que no es mi hijo. Y puesto que cuento con tan poco tiempo, no puedo dedicarme a perderlo. Así que cállate y déjame pensar.

En vez de mostrarse ofendida, Francesca asintió satisfecha.

—Lo encontrarás —dijo, se inclinó hacia él y lo besó—. Todavía te quiero, ¿sabes?

—¿Y estás preparada para ser madrastra de un hombre adulto?

—Siempre y cuando no tenga ninguna prisa por convertirme en abuela —contestó—. Mi naturaleza maternal tiene ciertos límites.

Aquel bastardo había conseguido darle. No lo había notado cuando había visto hacerse añicos la ventanilla; estaba demasiado pendiente de alejarse de allí a toda velocidad, pero podía sentir el escozor en el brazo e, incluso bajo la tenue luz de la furgoneta, veía la sangre empapando la manga de la cazadora.

Solo era un arañazo, se dijo a sí mismo, al tiempo que maldecía. Le dolía de una forma brutal, pero tendría que esperar hasta llegar a su destino para lavar esa maldita herida y vendarla.

No era la primera vez que lo herían. Con un poco de suerte, sería la última. Comenzaba a sentirse demasiado viejo para aquellas tonterías. Su intuición ya le había advertido que el juego había terminado y debería haber hecho caso a su intuición, en vez de al tío Félix. Al final, ni siquiera se había visto cara a cara con su supuesto padre. Lo único que había conseguido era robar un valioso tesoro que malvendería por una porción de su valor, asestar un duro golpe a la empresa de su padre y trastocar los posibles proyectos neonazis de Bill Helms.

No estaba seguro de que mereciera la pena. Sabía que algunos de los gorilas de Helms habían salido tras él, pero Michael era capaz de conducir igual que el hombre que durante tanto tiempo había creído su padre, un piloto de carreras de Le Mans, e, incluso con una furgoneta alquilada, era capaz de maniobrar como nadie.

Tardó quince minutos en llegar al almacén que había alquilado. Dejó el motor en marcha mientras saltaba de la furgoneta para abrir la puerta. La abrió, dándose cuenta en el último momento de que habían caído algunas gotas de sangre al suelo. No tenía tiempo para taparlas. Además, el callejón estaba a oscuras. Horas después podrían detectarlas, pero para entonces, él ya estaría muy lejos. Frotó las gotas con el pie, volvió a la camioneta y condujo hacia el oscuro vientre de aquel almacén abandonado.

Cuando estuvo en el centro, apagó el motor, se recostó en el asiento, cerró los ojos y tomó aire. El brazo le dolía endiabladamente, señal de que solo era una herida superficial.

Bajó de la furgoneta y se dirigió hacia la parte trasera. Aquellos pobres estúpidos ni siquiera habían tenido tiempo de cerrarla con llave. La verdad era que todo había sido demasiado fácil, a pesar de que le hubieran disparado. Se quitó la gorra de béisbol, sacudió la cabeza y se desprendió de la cazadora ensangrentada.

Abrió las puertas de la furgoneta y miró en la oscuridad. Aquello parecía una mañana de Navidad, pensó irónicamente. La única diferencia era que no podría quedarse con los regalos. Si le hubieran permitido escoger, se habría quedado con el Vermeer. Y, por una cuestión puramente sentimental, también con la cajita de música. Le habría gustado enviársela a Isabel con un mensaje anónimo, pero, desgraciadamente, ella era una mujer honrada y se la devolvería a Helms.

No, quizá se quedara la caja él mismo, como un recuerdo de su último robo, y cuando la mirara, pensaría en Isabel y en todo lo que podría haber sido.

Subió a la furgoneta, y estaba buscando la luz cuando notó que había algo detrás de las cajas. Era una piel blanca. Por un momento, se preguntó si se trataría de alguna rata albina. Se acercó un poco más y pudo distinguir el pie de una mujer vestido con una sandalia plateada. No era un pie particularmente pequeño; tenía que pertenecer a una mujer alta, que seguramente llevaría un traje plateado o blanco. No sabía si maldecir o echarse a reír. Sin darse cuenta, se había llevado a Isabel Linden, el más grande de todos los tesoros.

Y entonces se dio cuenta de que no se movía.

Capítulo Seis

2:00 a.m.

Isabel estaba teniendo un sueño de lo más extraño. En él aparecía Bill Helms corriendo con un uniforme marrón y un bigote que le hacía parecerse extraordinariamente a Hitler y gritaba en una lengua incomprensible. Había muchas personas a su alrededor y ella estaba envuelta en algo increíblemente suave y calido y siendo arrastrada como si fuera un saco de patatas. Era muy extraño, además de ofensivo para su dignidad. Aunque no tenía mucho sentido ocuparse de su dignidad en medio de un sueño tan raro.

Michael Blackheart también estaba allí, aunque convertido en una especie de pirata. Tenía el pelo largo y la miraba preocupado. De pronto se convertía en médico, algo mucho más reconfortante, teniendo en cuenta lo rara que se sentía. Pero cuando abrió los ojos y se descubrió a sí misma en medio de una oscura cueva, Michael Blackheart volvió a convertirse en un auténtico pirata.

—¿Dónde demonios estoy? —preguntó en una voz que apenas pudo ser más que un susurro.

El pirata Blackheart no dijo nada. Isabel se sentó y gimió al sentirse mareada.

—¿Qué ha pasado?

El pirata llevaba un pañuelo atado al brazo, un brazo agradablemente musculado. Pero bueno, ya había advertido antes que era muy fuerte.

Y que no le había contestado. Alargó el brazo, agarró la camiseta de Michael y tiró de él hasta acercar su rostro al suyo.

—Yo he hecho una pregunta —dijo, intentando mostrarse enfadada.

No lo consiguió. En la comisura de los labios de Michael apareció una sonrisa. Isabel estaba empezando a preguntarse si tendría fuerza suficiente para golpearlo cuando este dijo por fin:

—Te han drogado.

Su acento inglés era mucho más pronunciado que antes. Y el pelo parecía mucho más largo; seguramente antes lo llevaba recogido.

Isabel solo era capaz de permanecer sentada porque se agarraba de la camiseta de Michael y, afortunadamente, él no parecía querer que le soltara.

—¿Por qué? ¿Te dedicas a secuestrar mujeres?

—Eh, ¡no he sido yo! —protestó. Le pasó un brazo por los hombros, para que se apoyara en él. Pero ella no tenía la menor intención de soltarlo. Aquel hombre era su única conexión con la realidad—. Además, odio ser tan poco tan caballeroso, pero te recuerdo que estabas más que dispuesta a venir conmigo. No habría tenido que recurrir a las drogas.

—No —admitió con tristeza.

—Así que la pregunta es: ¿quién te ha drogado y te ha metido en esta furgoneta?

—¿Furgoneta? ¿Qué furgoneta?

Michael tampoco contestó a aquella pregunta. Isabel miró por encima de su hombro, intentando enfocar la mirada, pero solo reconocía una oscuridad total.

—Creo que necesito tumbarme —dijo.

Michael la dejó caer delicadamente, pero ella no le soltaba la camiseta, de modo que se inclinó sobre ella y esperó pacientemente.

—¿Quién eres? —le preguntó Isabel en un susurro—. ¿Eres un pirata?

Michael vaciló durante un largo rato, como si estuviera pensando realmente su respuesta y al final contestó:

—Más o menos. Soy un ladrón de guante blanco.

Isabel le soltó entonces la camiseta y se dejó caer.

—¿Un ladrón de guante blanco? ¿Robas guantes? ¿Es eso lo que estás intentando decirme?

—Creo que todavía estás un poco aturdida por lo que Helms te dio. Estás tumbada sobre un abrigo de piel que probablemente valga más que todo el producto interior bruto de un país del Tercer Mundo.

—¿Y vas a robarlo?

—Podría.

Isabel volvió a abrir los ojos.

—No me gustan las pieles —le dijo.

—Lo tendré en cuenta. ¿De dónde has sacado ese abrigo? ¿Te lo ha regalado Helms?

Los recuerdos iban encajando poco a poco en su lugar.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Él es el único que puede permitirse el lujo de comprar algo así. Y el único que ha podido drogarte y meterte en una furgoneta, por cierto. ¿Qué hiciste para ofenderlo?

—Le dije que no quería ese abrigo.

—Me parece una reacción un tanto exagerada por su parte.

—Bueno, y también le dije que era un nazi.

—Ya está. Ahí está el problema. Te acercaste demasiado a la verdad.

Isabel abrió los ojos como platos.

—¿De verdad es un nazi?

—Más exactamente, un simpatizante de los neonazis. Toda la colección de Noreheld fue robada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, según mi tío, que es el que tiene acceso a ese tipo de información.

—De modo que pensaste que era correcto robar objetos que ya habían sido robados.

—Exacto.

—Y yo que pensaba que había encontrado a mi alma gemela —musitó Isabel desconcertada.

—Quizá lo hayas hecho.

—Vete al infierno —se sentó, rechazando su intento de ayudarla—. Si no me dices inmediatamente dónde estamos, voy a empezar a gritar.

—No te serviría de nada. No hay nadie que pueda oírte. Estamos en un almacén abandonado, al lado del muelle. Así que adelante, grita todo lo que quieras.

—¿Vas a matarme?

—Claro que no —contestó con pereza—. Has sido un inconveniente desde el momento en el que te vi, pero sé cómo tratar con inconvenientes inesperados.

—Evidentemente, te acercaste a mí porque podía ayudarte a acceder a la colección.

—Evidentemente, me acerqué a ti porque no pude evitarlo, a pesar de que lo más inteligente habría sido guardar las distancias.

—¿Pretendes decir que te acercaste a mí por mi encanto y mi belleza?

—No lo creo. Hasta ahora, nunca había permitido que el encanto o la belleza de una mujer me distrajeran. Creo que es el destino.

—Sí, claro. Ayúdame a levantarme.

Michael se levantó y le tendió la mano, Isabel la tomó, dejando que la levantara. Pero no fue muy buena idea. Por una parte, él continuaba sujetándola, cosa que le resultaba extrañamente agradable. Y por otra, tenía serios problemas para mantener el equilibrio y lo último que quería era caer en los brazos de Michael Blackheart.

Pero haciendo un gran esfuerzo, liberó su mano y tensó las rodillas para no caerse.

—¿Esto que es?

—Una especie de almacén —le explicó, apartándose de ella. Había una mesa larga cerca de la furgoneta.

Michael se acercó a ella.

—Estaba pensando en descargar el tesoro, quitar los marcos de los cuadros, volver a empaquetar las joyas y dejar todo preparado en el almacén hasta que encuentre a alguien que quiera comprarlo. Es demasiado caro para poder deshacerse fácilmente de él.

—¿Y debo asumir entonces que en realidad eres pariente de Blackheart y él decidió participar en este trabajo para retomar su vida de ladrón? Asumiendo, por supuesto, que alguna vez la haya dejado.

—Sí y no. Por lo que yo sé, ahora es un hombre honrado. Pero sí, es mi padre. Pero sucede que no le importa. O quizá ni siquiera lo sepa. En cualquier caso, eso es lo de menos. Esto lo he hecho yo solo. Así es como trabajo.

—Qué emprendedor —dio un paso hacia él y se dio cuenta de que llevaba solo una de las sandalias. No tenía la menor idea de dónde podía estar la otra y el suelo de cemento del almacén estaba helado. Aun así, se quitó la única sandalia que llevaba y se acercó hasta él—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ese es precisamente el problema. Supongo que no puedo esperar que vayas a mantenerme callada. Por una parte, eso te convertiría en una colaboradora, y, por otra, no me gusta arrastrar a personas inocentes en mi negocio. Además, como ya hemos dejado claro, no puedo matarte.

—¿Por qué no? Y no es que me apetezca que lo hagas, claro. Simplemente, siento curiosidad.

—Soy un ladrón, no un asesino. Ni siquiera llevo un arma encima —antes de que Isabel se diera cuenta de lo que pretendía hacer, alargó el brazo y le quitó un mechón de pelo de la cara. Bastó el roce de sus dedos para que Isabel se estremeciera—. La idea más lógica sería tomarte de rehén. Así tú continuarías siendo inocente, no interferirías en mis planes y podría dejarte en algún lugar.

—¿Y crees que podrás hacerlo?

—Claro que sí —contestó suavemente—. Y también podría seducirte, y hacer el amor contigo aquí mismo, ahora. Si te tumbas en esa mesa, lameré hasta el último centímetro de tu cuerpo. Puedo hacerte olvidar la diferencia entre el bien y el mal, entre la ley y el orden. Puedo llevarte hasta un punto en el que no serás capaz de hablar, ni de pensar, ni de impedirme hacer cualquier cosa que me apetezca. Solo hay un problema con eso.

—¿Cuál? —preguntó Isabel casi sin respiración. Deseaba sentir sus manos sobre ella.

—Que tendría un efecto idéntico en mí. Ya te lo he dicho, eres mi destino. He pasado la mayor parte de mi vida tentando al destino. Y todavía no sé si estoy preparado para asumirlo.

—Cuando lo hayas decidido, avísame —se volvió hacia él. Cuanto más lo miraba, más lo deseaba. Y eso que los piratas nunca habían sido su tipo—. ¿Tienes idea de dónde está mi otra sandalia? Me queda un largo camino hasta mi casa.

—Probablemente en la furgoneta —contestó sin moverse. Continuaba pensando.

Isabel estaba subiéndose de nuevo a la furgoneta cuando Michael le preguntó:

—¿Entonces tendré que renunciar a todo este tesoro por ti?

Se estaba burlando de ella, pero a Isabel no le importaba.

—Sí, a todo.

—¿Ni siquiera puedo quedarme un pequeño recuerdo? ¿Ni un pequeño Rembrandt? ¿Ni el Vermeer siquiera?

—No, pero me tendrías a mí —contestó, desapareciendo en el oscuro interior de la furgoneta.

La sandalia no aparecía por ninguna parte. Se había convertido en una especie de Cenicienta, pensó. Su hada madrina era un neonazi, su príncipe azul

un ladrón, y ni siquiera iba a poder disfrutar de un final feliz. Aunque quizá Helms encajara mejor en el lugar de madrastra y sus matones fueran las hermanastras. No importaba. Lo único que importaba era salir cuanto antes de allí, irse a su casa, meterse en la cama y llorar.

Debería ir a la policía para contarles lo de Michael Blackheart y el Tesoro Noreheld, para contarles que Bill Helms había intentado drogarla y secuestrarla. Sabía que no conseguiría nada con ello, pero por lo menos Bill se lo pensaría dos veces la próxima vez.

Y Michael terminaría en una cárcel, o quizá escaparía y no volvería a verlo nunca más. Ese era el único final posible en el mundo real.

Se volvió hacia Michael, que estaba a solo unos metros de la furgoneta con expresión de pesar.

—Sí —le dijo.

—¿Sí, qué? —preguntó ella.

—Sí, renunciaría al tesoro por ti —salvó los pocos metros que los separaban y enmarcó el rostro de Isabel con las manos—, si me lo permitieras.

Isabel no pudo contestar porque la estaba besando. Y porque ella le estaba devolviendo el beso.

No debería haber sido glorioso. Hacer el amor precipitadamente en una furgoneta alquilada no era una aspiración propia de Cenicienta.

Pero no hubo ninguna precipitación. Michael la besó con deliberada lentitud, permitiendo que se acostumbrara a su sabor y dejando que creciera el deseo dentro de ella. Cuando deslizó las manos por la parte delantera del vestido, ella se estremeció y se acercó todavía más a él, al tiempo que hundía las manos por el interior de su camiseta, deseando sentir el calor de su piel.

Michael se quitó la camiseta y la arrojó al interior de la camioneta a oscuras. Buscó a continuación el broche del vestido.

—¿Cómo se desabrocha esto? —susurró.

—No me acuerdo —contestó Isabel con una risa atragantada.

—Date la vuelta.

Isabel obedeció, y en el momento que sintió los labios de Michael sobre su nuca dejó de respirar. Sentía sus dientes contra su piel, y gimió con repentina impaciencia:

—Desgárralo.

El crujir de la tela bajo las manos fuertes de Michael fue la más erótica de las demandas, Isabel intentó volverse, pero él no se lo permitió. Se estrechó con fuerza contra ella, de modo que pudiera sentir su torso ardiente y desnudo contra su espalda y lentamente, fue quitándole el vestido.

Isabel no llevaba sujetador, algo que Michael había descubierto ya en la recepción. Le bajó el vestido hasta las caderas, bajándole las medias y las bragas al mismo tiempo. Cuando estuvo completamente desnuda, fue Isabel la que presionó la espalda contra el.

No hubo titubeos, Michael Blackheart sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando sus manos cubrieron los senos de Isabel. Esta dejó escapar un pequeño susurro al que le siguió un suspiro anhelante. Tenía la sensación de que los huesos se le estaban transformando en agua.

Intentó volverse nuevamente entre sus brazos, pero él la sostuvo con fuerza y deslizó la mano entre sus piernas.

Isabel comenzó a protestar.

—¡Michael! ¿Y si viene alguien?

—Eso es exactamente lo que estaba pensando —musitó Michael contra la suave piel de su cuello, mientras hundía los dedos en ella con una sensualidad despiadada.

Bueno, al parecer iban a precipitarse las cosas. El orgasmo la sacudió con una rapidez sorprendente y oyó un ronco lamento que solo podía haber salido de su garganta.

Estaba temblando y sollozando cuando Michael por fin le permitió volverse para tumbarla en el suelo de la furgoneta. De alguna manera, el abrigo había vuelto allí y a Isabel ni siquiera le importó el contacto de su piel contra la blanca piel de armiño. En lo único en lo que podía pensar era en él mientras Michael se colocaba entre sus piernas, apoyando las manos en sus caderas. Aquello era una locura, algo completamente irracional. Pero no importaba. Lo único que importaba era que Michael la tocara, que se hundiera dentro de ella.

Volvió a sentir la proximidad del clímax cuando sus cuerpos se fundieron. Michael parecía saber exactamente lo que tenía que hacer, cómo tocarla, cuándo acelerar sus movimientos, cuándo detenerlos. Y parecía decidido a ofrecerle el mejor acto sexual de su vida. Por supuesto, Isabel no se molestó en decirle que lo había superado con creces.

Michael perdió el control cuando Isabel lo besó. Ella, casi sin respiración, alargó el brazo y posó su boca sobre sus labios. Michael aumentó la velocidad de sus movimientos y de pronto se quedó rígido entre sus brazos, llenándola por completo. Isabel lo siguió por última vez, explotando con un gozo sin límites.

Parecieron pasar horas antes de que Isabel pudiera pronunciar una sola palabra. No podía evitarlo; la culpabilidad postcoital se enroscaba a su alrededor como una serpiente celosa.

—Eres muy bueno en la cama —susurró, deseando en el fondo que no pudiera oírla.

Pero Michael la oyó. Alzó la cabeza y la miró divertido.

—Tengo mucha práctica.

—Yo no.

Michael ensanchó su sonrisa.

—No te preocupes por eso. Te daré muchas posibilidades de aprender.

Isabel no era capaz de decidir si le apetecía abofetearlo o besarlo, así que se limitó a acurrucarse contra él. Suspiró, frotando el rostro contra su hombro.

—Esto es ridículo —musitó, casi sin respiración—. Es imposible que dure.

—Tienes razón —contestó Michael con voz somnolienta—. Nos doy unos cincuenta años, sesenta como mucho.

Isabel sonrió en la oscuridad.

—¿Y qué tenemos que hacer ahora?

—Encontrar una cama.

—Me refería con el tesoro.

—Déjalo. Podernos llamar a Blackheart y decirle dónde está cuando lleguemos a Londres.

—Creía que habías dicho que él no tenía nada que ver con esto.

—Y no tiene nada que ver. En realidad era un pequeño acto de venganza por algo de lo que en realidad ya no quiero vengarme —alzó la cabeza y la besó suavemente—. Eres lo mejor para mí. Tengo la sensación de que voy a salir de aquí completamente reformado —pero no acababa de terminar la frase cuando susurró una obscenidad.

—¿Qué pasa? —le preguntó Isabel en un susurro.

Michael se separó de sus brazos con un ágil movimiento. Isabel apenas podía verlo entre las sombras.

—Quédate aquí hasta que compruebe quién es —estaba buscando ya las prendas que se había quitado.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo! —había desaparecido de su voz cualquier rastro de seducción—. Helms y sus hombres juegan duro, por si todavía no lo has averiguado. Quédate aquí mientras voy a ver lo que pasa.

Un segundo después, se había marchado, dejándola sola en la furgoneta, desnuda y sin poder ponerse otra cosa que aquel repugnante abrigo.

Capítulo Siete

4:00 a.m.

A Isabel nunca se le había dado particularmente bien hacer lo que le mandaban. Tomó su vestido, pero Michael lo había desgarrado de arriba abajo, de modo que solo podía servirle de bufanda. Disculpándose mentalmente con los armiños, se envolvió en el abrigo y salió de la furgoneta.

Los ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad y fue capaz de distinguir que se encontraba en una especie de almacén cavernoso. Tenía suficiente altura como para que pudiera enderezarse sin rozar el techo, aunque tocara las telarañas y las poleas que colgaban de él.

Se mantuvo entre las sombras, escuchando con atención, pero no se oía nada. Ni a Michael ni al supuesto intruso. Un rayo de luna se reflejaba en el suelo. Isabel estaba a punto de dar un paso adelante, hacia la luz, cuando alguien la agarró por detrás, cubriéndole la boca con la mano para silenciar su previsible grito.

En un primer momento, al no sentir miedo, pensó que se trataba de Michael. Pero un segundo después, comprendió que se había equivocado de hombre y comenzó a retorcerse.

—Estate quieta y no digas nada —le susurró una voz al oído—. Johnson lleva una pistola.

La voz le resultaba vagamente familiar. Dejó de retorcerse, en parte porque el abrigo se le estaba cayendo y no quería que su captor se diera cuenta de que estaba desnuda, y en parte porque aquella voz extrañamente familiar irradiaba fuerza y seguridad, dos características que jamás habría asociado con los hombres de Helms.

Su captor debió de advertir que se relajaba, porque apartó la mano de su boca. No la separó mucho, para poder detenerla en el caso de que intentara gritar, pero sí lo suficiente como para dejarla respirar.

Isabel volvió la cabeza y descubrió unos ojos idénticos a los de Michael. Era Patrick Blackheart.

Este se apartó con ella hacia las sombras y cuando habló, lo hizo con una voz casi inaudible.

—¿Dónde demonios está?

—No lo sé —contestó, cerrándose el abrigo con fuerza. Por la irónica expresión de Patrick, parecía evidente que sabía que no llevaba nada debajo, pero no dijo nada—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Soy bueno en mi trabajo. ¿Lleva pistola?

—¿Quién?

—Mi supuesto hijo.

—No. Dice que no le gustan las pistolas.

—Condenado romántico, hijo de la gran... —comenzó a decir Patrick con amargura.

—¿Por qué no has traído a la policía?

—No creo que necesitemos involucrar a la policía en este pequeño desastre, ¿verdad? —contestó—. Puedo ocuparme yo solo. En cuanto lo encuentre.

Un segundo después, había desaparecido entre las sombras sin hacer un solo ruido.

Isabel lo siguió, por supuesto. Pero Patrick se había desvanecido entre las sombras tan eficazmente como Michael. Y Johnson... ¿pero cómo demonios sabía Blackheart que era Johnson el que los había seguido?

En fin. Ella no tenía la culpa de que la hubieran drogado y metido en la parte trasera de una camioneta. Y tampoco de haber sido secuestrada junto a un montón de obras de arte que valían una fortuna. Pero después de aquellos dos acontecimientos, había tomado una decisión: había elegido a un ladrón de joyas. Y no se arrepentía ni por un instante.

Los pies se le estaban helando sobre el frío cemento. De pronto tropezó contra algo. Se agachó y descubrió que era su sandalia. Estaba sosteniéndola en la mano, sin saber qué hacer con ella, cuando algo le hizo alzar la mirada, un sonido casi inaudible, quizá. O quizá simplemente la intuición. Miró atentamente y vio a Michael bordeando el almacén con el mismo sigilo que un felino. Apenas era visible entre las sombras, pero Isabel lo habría reconocido en cualquier parte. Lo observó fascinada, admirada por la gracia de sus movimientos. Estaba tan concentrada en él que apenas se fijó en una segunda figura, mucho menos grácil y sinuosa, pero igualmente silenciosa, que iba tras él.

Podía ser Patrick Blackheart. Pero entonces vio la silueta de una pistola recortada contra la luz de la luna y comprendió que era Johnson.

Abrió la boca para gritar, pero no salió ningún sonido de sus labios. Todavía

sostenía la sandalia en la mano y, siguiendo únicamente lo que su intención le decía, la tiró hacia la esquina más apartada, con la esperanza de distraer a Henry Johnson de su pretendida presa.

Y funcionó. Johnson giró sobre sus talones, blandiendo la pistola en la oscuridad y disparó hacia el lugar en el que se había oído el ruido. Cuando volvió a girar, Michael había desaparecido y alguien había abierto la claraboya del almacén. Johnson se dirigió inmediatamente hacia ella.

Isabel observó horrorizada que Henry se balanceaba precariamente, y cerró los ojos, medio temiendo y medio esperando que se cayera. Pero un instante después, Johnson recuperó el equilibrio, y desapareció, saliendo por la claraboya en busca de su presa.

La noche era fría y clara. La luz de la luna proyectaba misteriosas sombras sobre el tejado del almacén. Michael permanecía agachado en una esquina, medio escondido, esperando a su perseguidor. Había reconocido a Johnson por sus andares. Era el mismo tipo que no había sido capaz de reconocerlo anteriormente.

Michael había dejado abierta la claraboya intencionadamente para tentarlo a salir y alejarlo de Isabel. Lo único que esperaba era que el ciego disparo de Johnson no la hubiera herido. Si le había hecho algún daño, estrangularía a ese tipo con sus propias manos y lo tiraría por la claraboya.

Tomó aire, intentando tranquilizarse. No podía permitirse el lujo de pensar en las peores posibilidades. Seguramente, Isabel estaría a salvo en la furgoneta. Diablos, la conocía desde hacía menos de doce horas y ya se había enamorado de ella. Y además, la conocía suficientemente bien como para darse cuenta de que era imposible que ella se enamorara de él.

Vio la rubia cabeza de Johnson emergiendo de la claraboya y por un momento, se maldijo a sí mismo por no querer llevar pistola. No tenía ningún objeto para arrojárselo. Estaba pensando en correr hacia él, cerrar violentamente la claraboya y lanzar a ese bastardo hacia la muerte, cuando vio la mano de Johnson sosteniendo una pistola. Una pistola de verdad. Aquel no era un momento para actos heroicos, pensó Michael, volviendo a esconderse entre las sombras mientras veía a Johnson saliendo al tejado. Por lo menos Isabel estaría a salvo, se dijo.

A él siempre se le habían dado bien las alturas y los tejados, un requisito imprescindible para cualquier ladrón de éxito. Las nubes rodaban sobre su cabeza, corriendo despiadadamente hacia la luna, y había otros tejados de fácil

acceso. Si pudiera conseguir que Henry se alejara del almacén, quizá tuviera alguna posibilidad de inmovilizarlo durante el tiempo suficiente para que Isabel pudiera salir de allí. Al diablo con el tesoro Noreheld. Que otro se ocupara de aquella batalla. En aquel momento, lo único que a él le importaba era mantener a Isabel a salvo.

Planificó al milímetro sus movimientos. En el instarte en el que la primera luz oscureció el tejado, saltó al edificio que estaba pegado al almacén. Oyó el disparo amortiguado de una pistola, pero para entonces él ya estaba en el otro tejado, agazapado contra un respiradero. Y esperando a que Johnson lo siguiera.

Vio la silueta de Johnson recortada contra el cielo, escudriñando los tejados, y descubrió que todavía era capaz de sonreír. Al parecer a su perseguidor no le gustaban las alturas tanto como a él. No era una gran ventaba contra una pistola, pero al menos era algo. Johnson permaneció vacilante donde estaba y por un instante, Michael temió que optara por retroceder, regresar al almacén y marcharse en la furgoneta. Con Isabel dentro.

Pero Isabel no era el tipo de mujer que esperaría pacientemente en el interior de una furgoneta. La cuestión era saber hasta qué punto estaba Henry decidido a encontrarla.

La respuesta a esa pregunta le llegó al instante.

—Has dejado sola a tu chica —dijo Johnson—. Sin nadie que la proteja. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Michael no se movió. Si Johnson tuviera intención de ir a buscar a Isabel no lo habría anunciado. Lo único que pretendía era tentarlo para que le indicara dónde estaba.

—Es posible que la haya herido —continuó diciendo Henry—. La verdad es que creo que le he dado. No llevaría puesto un abrigo de piel blanca, ¿no?

Michael gimió involuntariamente, pero se calló al instante. Henry sabía que llevaba el abrigo porque la había metido en la furgoneta con él.

—Es una pena estropear una piel tan fina —comentó Henry adelantándose hasta el perfil que separaba los dos edificios—. Me refiero al armiño, no a la señorita Linden. Esa furcia no sabe lo que significa la lealtad —saltó ágilmente entre los edificios, haciendo añicos las esperanzas de Michael de que tuviera miedo a las alturas—. Si todavía está viva, la ayudaremos a comprenderla. Von Helmich quiere verla. Tiene un asunto pendiente con ella, y no creo que sea muy agradable. Me temo que tú preferirías que la matara.

Se estaba acercando a él, con pasos lentos, firmes. Pasó por delante del escondite de Michael sin advertir su presencia. Una vez más, Michael agradeció al cielo que Helms, o Von Helmich, o quien demonios fuera, prefiriera el músculo al cerebro.

Espero hasta que Johnson llegó al final del tejado y entonces se arriesgó, volando sobre el tejado a la velocidad de la desesperación, dirigiéndose hacia el siguiente edificio. Con lo que no contaba era con que las nubes se desplazarían en aquel momento, permitiendo que la luz de la luna lo convirtiera en el reclamo perfecto.

Johnson le disparó y Michael se tiró hacia el edificio adyacente.

No consiguió llegar hasta él. En el último momento, consiguió aferrarse a la herrumbrosa escalera de incendios, y allí quedó colgando, balanceándose en el aire mientras Johnson caminaba hacia él.

—Ni te molestes en intentarlo —le dijo Johnson con calma—. En cuanto intentes agarrarte a la escalera con la otra mano, te dispararé.

Michael ni siquiera pestañeó.

—¿Entonces cuál es la alternativa?

Johnson se acercó hasta el mismísimo borde del tejado.

—Bueno, podría limitarme a dispararte en la cabeza. Es mucho más fácil y rápido. ¿Pero a qué hombre le gustan las cosas fáciles y rápidas?

Magnífico, pensó Michael. Allí estaba, colgando como un adorno navideño de una escalera oxidada, y tenía frente a él a un sádico. Y para empeorar las cosas, se había conseguido agarrar a la escalera con el brazo malo, con el mismo que Johnson o alguno de sus amigos le había herido. Le escocía horrores, la sangre había traspasado el pañuelo con el que se lo había vendado y no estaba seguro de cuánto tiempo podría permanecer allí.

—Aunque también podría esperar a que te fallaran las fuerzas y te cayeras —continuó diciendo Johnson—. El problema es saber si habrá luz suficiente para que pueda disfrutarlo. Además, está ese maldito canal. Podrías tener suerte y caer en el canal en vez de en el suelo. Dicen que los gatos tienen siete vidas. Quizá tú no hayas terminado con todas las tuyas.

Michael miró hacia abajo, preguntándose si realmente podría caer en el agua. Le parecía improbable y, además, continuaba sin resolver el problema de Isabel.

—También puedo buscar un poco de diversión. Podría intentar comprobar cuántas balas necesito para hacerte caer. Sería un desafío. Ir disparándote en los lugares adecuados para que puedas continuar sujetándote, a pesar de los terribles dolores. Sí, creo que la idea me gusta. Es un auténtico desafío, porque no tengo nada claro adonde debería disparar.

—Excusas, excusas —repuso Michael, pegándose al edificio todo lo que podía. De esa forma, obligaba a Johnson a inclinarse sobre el tejado si pretendía dispararle. A Michael ya solo le quedaba la esperanza de que perdiera el equilibrio, pero la verdad era que Johnson parecía tan seguro como una cabra montesa.

—No sé si empezar con los dedos —comentó Johnson, como si estuviera hablando para sí—. ¿O con lo pies mejor? —apuntó cuidadosamente, inclinándose contra la oscuridad.

—¡Apártate de mi hijo!

Tronó una voz en medio de la noche, como si fuera un grito divino. Johnson se sobresaltó y disparó a ciegas. Tenía una expresión de absoluto asombro cuando perdió el equilibrio y cayó por encima de un balanceante Michael para volar por el abismo hasta el fondo del canal. Se produjo entonces un inquietante silencio.

Michael alzó la mirada y vio que alguien le tendía la mano, dispuesto a izarlo. Durante medio minuto, consideró la posibilidad de rechazarla. Pero casi al instante se aferró a aquella mano fuerte y permitió que su padre lo pusiera a salvo.

Se descubrió frente a un par de ojos idénticos a los suyos y permaneció allí, sin decir nada. Esperando.

—Te sangra el brazo —dijo Patrick Blackheart con voz fría e indiferente.

—Es solo un arañazo —respondió Michael en el mismo tono.

Patrick bajó la mirada hacia el canal.

—La marea sacará a flote el cuerpo de Johnson. Pero no creo que Helms pretenda hacer muchas preguntas. Deberías irte cuanto antes.

—¿Y qué hago con la furgoneta?

—Yo me ocuparé de ella.

—Estoy seguro —respondió Michael burlón—. Creía que ya te habías retirado del negocio.

—Y ya me he retirado. Y creo que tú también, Pero no pienso devolverle el tesoro a Helms. Tú déjame a mí. Tengo maneras de tenderle una trampa a ese caballero. Es lo menos que se merece, ¿no crees?

—¿Y se supone que tengo que confiar en ti?

—Un pacto de honor entre ladrones —respondió su padre—. ¿Por qué no has intentando localizarme antes?

—No sabía que existías.

—Entonces estamos en paz. Yo tampoco sabía que existías.

—No te creo. Mi abuelo sí que habría ido a buscarte, y estoy seguro de que te habría...

—Matado. Sí, Paulus no era un hombre muy dado a perdonar y no creo que tuviera mucho aprecio a los jóvenes apasionados. ¿Debo asumir que está muerto?

—Murió hace doce años.

—¿Y tu madre? —su voz pareció suavizarse.

—Murió cuando yo tenía tres años, en un accidente de coche, con el hombre que yo siempre pensé que era mi padre.

—Siento haberte arruinado uno de tus recuerdos más queridos. ¿Cómo me has encontrado?

—Tío Félix me dijo dónde estabas.

—¿Y por qué será que no me sorprende que ese viejo esté todavía vivo? Así que, sin darte cuenta, has seguido la tradición de la familia. Y creo que vas a seguir otra tradición; la redención.

—Al diablo con... —comenzó a decir Michael, pero algo mucho más importante lo interrumpió. De pronto vio una figura envuelta en un abrigo de piel en el tejado del almacén. Era Isabel, mirando frenética a su alrededor.

Y entonces lo vio.

—¡Michael! —gritó, y olvidándose completamente de sus pies desnudos, corrió en su dirección.

Michael estaba a punto de llegar hasta ella cuando Isabel resbaló, Michael dio un paso adelante y la abrazó con fuerza. Y se dio cuenta de que estaba temblando. Le gustara o no, su padre tenía razón. Tenía que abandonar el negocio. Era demasiado vulnerable.

Estaba ocupado besando a Isabel cuando Patrick Blackheart se acercó a ellos.

—Y otra cosa —dijo con voz fría e irónica—. En mis tiempos, no se mezclaban los negocios con el placer.

—Déjame en paz —musitó Michael—. Voy a casarme con ella.

Isabel lo miró sorprendida.

—Pero eso es ridículo —dijo medio riendo.

—Sí —se mostró de acuerdo Michael—. ¿Te casarás conmigo?

—Si.

—Espera un momento. Creo que para una noche ya he tenido que soportar demasiado —comentó Patrick—. ¿Desde hace cuánto os conocéis?

—Desde hace doce horas —respondió Michael.

—No sé si voy a ser capaz de digerir esto —gruñó Blackheart—. Vamos, hijos. Ya es hora de ir a casa. Francesca se ocupará de todo.

—¿A casa? —repitió Michael, ligeramente sorprendido.

—A casa —dijo su padre—. Y déjame darte un consejo paternal. La próxima vez, procura que tu novia lleve encima algo más que un abrigo de pieles. Podría terminar constipada.

—¿La próxima vez?

—La próxima vez que tengas relaciones con ella, cosa que deduzco sucederá a menudo, puesto que pensáis casaros. Y, por cierto, la próxima vez tampoco habrá ningún robo de por medio, puesto que vas a empezar a trabajar conmigo y harás todo lo posible por evitar que a la gente le hagan justo lo que te has pasado haciendo durante toda tu vida.

Michael miró el reloj, intentando calcular cuánto tiempo tenía para tomar una decisión, pero aquel venerable reloj había dejado de funcionar. Y el único tiempo era el presente.

Ya no había nada para él en Europa. Su vida estaba allí, envuelta en sus brazos y en una lujosa piel, mirándolo con unos ojos adorables y recelosos.

—Comprendido —contestó—. Ahora, déjanos solos.

Y besó a Isabel, dispuesto a enfrentarse al futuro.

Fin